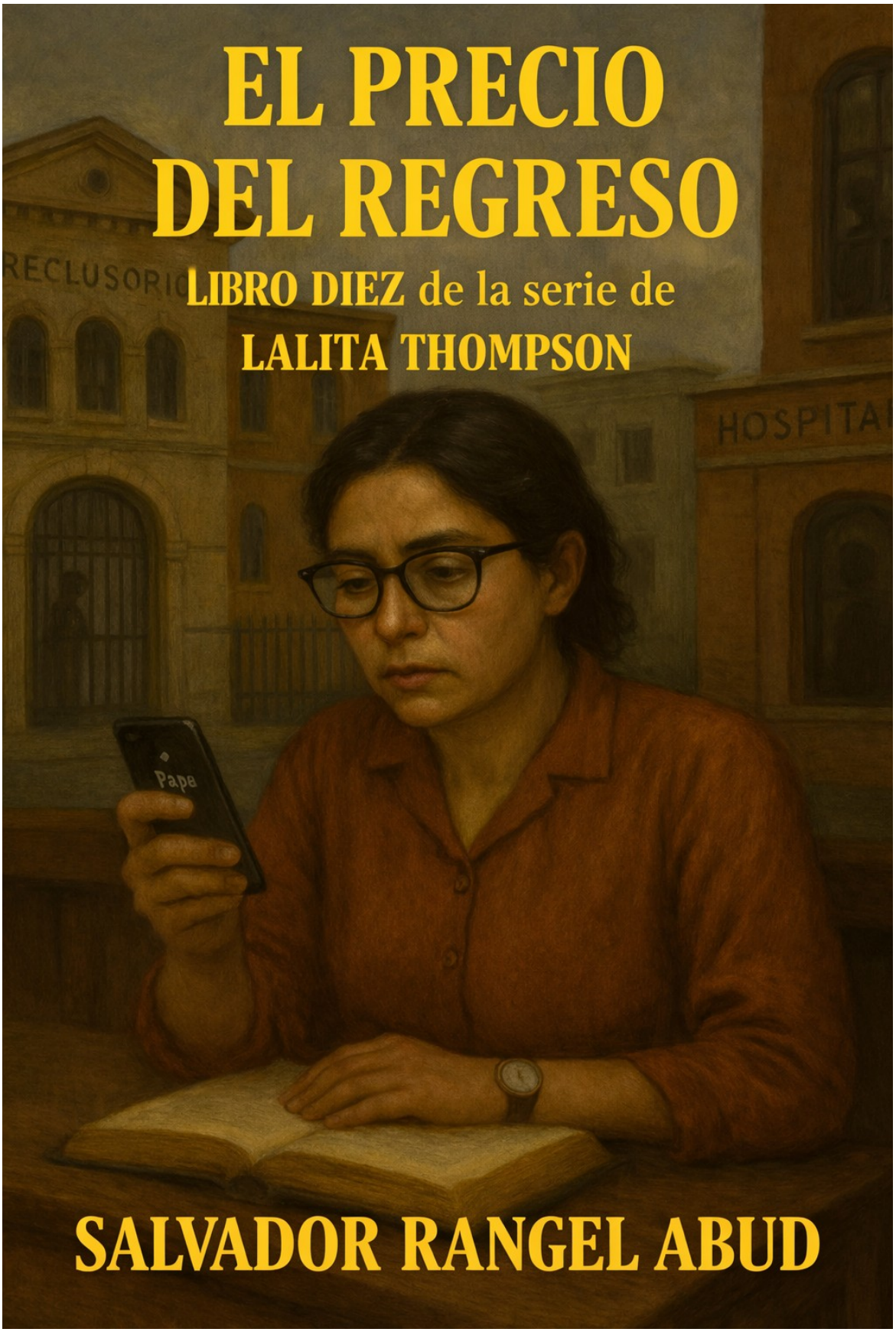
EL PRECIO
DEL REGRESO
LIBRO DIEZ de la serie de
LALITA THOMPSON
SALVADOR RANGEL ABUD

EL PRECIO DEL REGRESO

Décima y última aventura de Eulalia "Lalita" Thompson

SINOPSIS

Lalita Thompson lleva exactamente 94 días sin aceptar un caso de psicología forense. Los cuenta. Cada mañana marca mentalmente otro día de distancia entre ella y el mundo donde personas como Gonzalo Iñiguez existen. Terapia dos veces por semana, consultorio privado con pacientes manejables, algo parecido a normalidad. Y entonces su padre llama un martes por la noche con voz que nunca le había escuchado: miedo puro.

El error que cometió hace años está a punto de destruir a alguien. Y ese alguien es Nancy, su hermanastra que Lalita no sabía que existía: una joven controlada y aislada sistemáticamente por Erasmo, la pareja del padre, en un patrón de manipulación psicológica tan sofisticado que Nancy ha llegado a creer que está perdiendo la razón. Lalita reconoce cada señal. Cada táctica. Cada capa del sistema que atrapa a las víctimas y las convence de que el preso es el carcelero y el carcelero es el salvador.

Para desmantelarlo necesita entender cómo funciona desde adentro. Y la única persona que puede enseñarle los mecanismos más oscuros del control psicológico está en una celda del Reclusorio Norte: Gonzalo Iñiguez, el psicópata arquitecto del Caso 7, que acepta el intercambio con la sonrisa de quien sabe que el precio real todavía no se ha cobrado.

Lalita paga. Salva a Nancy. Cierra el caso. Y aprende que el regreso tiene costo que no aparece en ningún expediente.

GÉNERO Y SUBGÉNERO

Ficción — Thriller psicológico — Misterio familiar — Cierre de serie — Exploración del costo humano del conocimiento forense y los límites entre proteger a otros y protegerse a uno mismo

---

PERFIL DE LA PROTAGONISTA

Eulalia "Lalita" Thompson, psicóloga forense en retiro voluntario después del caso Iñiguez, enfrentando la pregunta que define esta entrega y cierra la serie: ¿puede usar lo que aprendió sin que lo aprendido la consuma? La libreta amarilla llega aquí a su volumen once. Las observaciones numeradas que comenzaron como herramienta de estudiante son ahora el diario de una profesional que sabe demasiado sobre cómo funciona la oscuridad y tiene que decidir, todos los días, no usarla de la misma manera en que la usaron contra ella.

Nancy, la hermanastra recién descubierta, es el espejo opuesto: víctima que se convierte en sobreviviente y elige convertir su trauma en propósito. Gonzalo Iñiguez regresa desde la celda como presencia que enseña y contamina al mismo tiempo. Y Zoé Rivera, fiel a lo largo de toda la serie, aparece como recordatorio de que hay mundo fuera de los casos.

TEMÁTICA CENTRAL

La novela examina el precio del conocimiento especializado: lo que le cuesta a una persona entender cómo funcionan las mentes que dañan a otras. Lalita no sale de esta historia sin marcas nuevas. Pero sí sale con algo que los libros anteriores no le habían dado: la capacidad de distinguir entre usar ese conocimiento y ser usada por él. La serie cierra preguntando si es posible haber entrado en la oscuridad suficientes veces para conocerla bien, y salir todavía eligiendo la luz. La respuesta de Lalita es provisional, honesta y humana: por ahora, sí.

MENSAJE IMPLÍCITO

No hay final limpio cuando se trabaja con trauma humano. Solo capítulos. El equilibrio entre ayudar a otros y protegerse uno mismo no es estado que se alcanza sino práctica que se elige día a día. El conocimiento caro que se paga con sufrimiento propio puede convertirse en herramienta de bien o en carga permanente: la diferencia está en los límites, en el apoyo, en la conciencia del costo. Y sobrevivir, cambiar y seguir eligiendo hacer bien con lo aprendido es, en sí mismo, la victoria más importante.

ESTRUCTURA Y EXTENSIÓN

La novela se compone de ocho capítulos de entre 1,960 y 2,650 palabras más un epílogo situado seis meses después del desenlace, donde Lalita ha construido un nuevo equilibrio profesional y recibe la primera llamada que pondrá a prueba si ese equilibrio es real. Extensión total aproximada: 22,000 palabras, la más extensa de la serie, coherente con el peso narrativo del cierre. El epílogo no cierra todas las puertas: deja a Lalita con los ojos abiertos, el número de Gonzalo bloqueado pero no borrado, y la conciencia de que la historia continúa porque siempre continúa.

PÚBLICO LECTOR

Lectores de 16 años en adelante, especialmente quienes han seguido la serie desde el principio y acompañaron a Lalita desde estudiante universitaria hasta psicóloga forense que eligió retirarse y fue convocada de regreso por algo más difícil de resistir que cualquier caso: la familia.

Esta entrega recompensa la fidelidad de serie con referencias explícitas a casos anteriores, arcos emocionales que se cierran, y un cierre que no traiciona la complejidad que la serie construyó durante nueve entregas.

VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO

La novela aborda el abuso psicológico intrafamiliar, el control coercitivo y el gaslighting doméstico —sus mecanismos, su progresión, sus efectos sobre la identidad de la víctima— de manera narrativa y sin didactismo. El lector aprende a reconocer patrones de manipulación sistémica a través de la investigación de Lalita y del testimonio de Nancy. La figura de Gonzalo como fuente de conocimiento contaminado plantea además una pregunta ética genuina: ¿puede usarse lo que enseña un depredador para proteger a sus posibles víctimas futuras? La novela no da respuesta fácil. Deja que el lector la construya junto a Lalita.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración hospitalaria y doctorando en ciencias en el Instituto Nacional de Salud Pública. Es también escritor aficionado con más de cien novelas publicadas en distintos géneros, en las que combina su formación científica con su vocación narrativa para crear obras que entretienen y enseñan al mismo tiempo. La serie de Lalita Thompson nace de su convicción de que la mejor literatura no simplifica el mundo: lo revela con la precisión de quien lo ha observado desde adentro.

PALABRAS CLAVE

Thriller psicológico — Abuso psicológico — Control coercitivo — Gaslighting familiar — Cierre de serie — Psicología forense — Identidad — Límites profesionales — Trauma y recuperación — Conocimiento y costo — Familia — Hermandad — Supervivencia — Equilibrio — TOC funcional — Serie de novelas — Literatura — México — Psicópata — Forense

---

NOTA DE PUBLICACIÓN Y LICENCIA

Esta obra se publica en acceso abierto a través de Internet Archive como parte del compromiso del autor con la democratización de la lectura y el acceso libre a la cultura.

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud © Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0 Atribución — No Comercial — Sin Derivadas

Usted es libre de descargar, almacenar y distribuir esta obra, siempre que: — Se acredite al autor (Salvador Rangel Abud) de manera apropiada. — No se utilice con fines comerciales. — No se modifique, adapte ni genere obra derivada a partir de este material.

Para consultar el texto completo de la licencia:

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

CITA REPRESENTATIVA

"El espejo está agrietado. Siempre lo estará. Pero el reflejo que muestra es reconocible. Es mío. Transformado, sí. Pero todavía mío." — Eulalia "Lalita" Thompson, Observación #2, Volumen XI

ENTREGA ANTERIOR

El espejo roto — Novena aventura de Eulalia "Lalita" Thompson

---

Serie Las investigaciones de Lalita Thompson — No. 10/10

wrangel.1352@gmail.com — CC BY-NC-ND 4.0

INDICE

CAPÍTULO 1: "La llamada que no esperaba"
CAPÍTULO 2: "Conociendo al enemigo"
CAPÍTULO 3: "El pacto con el diablo"
CAPÍTULO 4: "El juego comienza"
CAPÍTULO 5: "La trampa se cierra"
CAPÍTULO 6: "La confrontación"
CAPÍTULO 7: "Victoria amarga"
CAPÍTULO 8: "El precio del regreso"
EPÍLOGO: "Lo que queda"

EL PRECIO DEL REGRESO

Capítulo 1: La llamada que no esperaba

Lalita llevaba exactamente 94 días sin aceptar un caso de psicología forense.

Los contaba. Cada mañana, al despertar sin pesadillas por primera vez en años, marcaba mentalmente otro día de distancia entre ella y el mundo donde personas como Gonzalo Iñiguez existían.

94 días de terapia dos veces por semana.

94 días reconstruyendo algo parecido a normalidad.

94 días convenciéndose de que había tomado decisión correcta al retirarse.

Y entonces, un martes a las siete de la noche, su teléfono vibró con nombre que no esperaba ver: "Papá".

Lalita miró la pantalla con mezcla de curiosidad y recelo. Su padre casi nunca llamaba. Mensajes de texto ocasionales en cumpleaños y navidades, sí. Pero llamadas telefónicas eran rareza reservada para emergencias familiares.

Contestó con voz cautelosa:

—¿Papá?

—Lalita. Gracias por contestar. Sé que es tarde, pero necesito hablar contigo. Es urgente.

Había algo en su voz que Lalita no había escuchado nunca: miedo puro.

—¿Qué pasó? ¿Mamá está bien?

—Tu madre está bien. Pero yo... necesito verte. Esta noche si es posible. No puedo explicarlo por teléfono.

Lalita sintió alarma trepar por su espalda.

—Papá, me estás asustando. ¿Qué está pasando?

Silencio largo del otro lado. Y entonces, con voz que se quebraba:

—Cometí error terrible hace muchos años. Y ahora alguien va a pagar por él si no hago algo. Por favor, Lali. Necesito tu ayuda profesional. Y tu perdón.

Una hora después, Lalita estaba sentada en cafetería 24 horas frente a su padre, quien parecía haber envejecido diez años desde la última vez que lo vio.

Él no tocó su café. Solo miraba la taza como si contuviera confesión que no sabía cómo pronunciar.

—Vas a odiarme —dijo finalmente—. Voy a perder a mi familia. Pero si no te lo digo ahora, voy a perder algo peor.

—Papá, sea lo que sea, solo dilo.

Él respiró profundo, juntando coraje.

—Hace veinticinco años, cuando tú tenías siete, tu madre y yo pasamos por crisis matrimonial seria. Ella no te lo dijo porque queríamos protegerte. Estuvimos a punto de divorciarnos.

Lalita asintió lentamente. Recordaba vagamente ese año: tensión en casa, sus padres durmiendo en habitaciones separadas por meses.

—Durante ese tiempo —continuó su padre—, conocí a otra mujer. Elena Martínez. Era secretaria en mi oficina. Comenzamos... relación. Duró casi dos años.

Lalita sintió algo retorcerse en su estómago. No por la infidelidad en sí —sus padres habían sido infelices entonces— sino por lo que venía después. Porque su padre no la habría citado a medianoche solo para confesar aventura de hace dos décadas.

—Tu madre y yo nos reconciliamos cuando tú tenías nueve años. Terminé con Elena. Pensé que era final de esa historia. Pero tres meses después, Elena me contactó. Estaba embarazada.

Ahí estaba.

Lalita sintió como si piso desapareciera bajo sus pies.

—Tienes... tengo una hermana.

—Media hermana. Nancy Thompson. Tomó apellido de Elena. Tiene dieciocho años ahora.

—Dieciocho años —repitió Lalita, procesando—. Dieciocho años que has sabido de su existencia y nunca nos dijiste. Ni a mí ni a mamá.

—Lo sé. Fui cobarde. Pagué manutención en secreto todos estos años. Visité a Nancy ocasionalmente cuando eras niña, con excusas de viajes de trabajo. Pero cuando tú creciste y elegiste carrera, cuando te volviste alguien público... tuve miedo de que descubrieras. Así que dejé de visitarla. Solo envié dinero. Como si eso fuera suficiente.

Su voz se quebró completamente.

—La abandoné, Lalita. Elegí a mi familia "real" y la dejé con una madre que luchaba sola. Y ahora...

—¿Ahora qué?

—Ahora Nancy está en peligro. Y no tengo derecho de pedirte esto, pero eres la única persona que puede ayudarla.

Lalita quería levantarse. Quería gritarle. Quería procesar primero revelación de que tenía hermana secreta antes de involucrarse en crisis de familia que no conocía.

Pero la psicóloga en ella, la parte que nunca podía apagar completamente, hizo pregunta correcta:

—¿Qué tipo de peligro?

Su padre sacó sobre manila de su maletín. Lo empujó a través de la mesa con manos temblorosas.

—Hace seis meses, Elena se casó por segunda vez. Erasmo Palaciegos. Trabajador social respetado en Puebla, donde viven. Al inicio parecía bueno para ella y para Nancy. Estable, con ingresos, padre figura que yo nunca fui.

Abrió el sobre. Dentro había documentos legales, fotografías, reportes médicos.

—Hace tres meses, Nancy me llamó llorando. Dijo que Erasmo había entrado borracho a su habitación. Que intentó tocarla. Que ella lo empujó y amenazó con denunciarlo. Él le dijo que nadie le creería.

Lalita sintió frío familiar. Había escuchado esa historia demasiadas veces.

—¿Lo denunció?

—Sí. Valiente chica. Fue directo a ministerio público. Presentó acusación formal de intento de abuso sexual. Pero Erasmo...

Su padre empujó los documentos hacia ella.

—Erasmo contraatacó. Presentó expediente completo argumentando que Nancy tiene trastorno de personalidad límite, que fantasea, que es ella quien tiene obsesión sexual inapropiada con él. Consiguió testimonios de vecinos, de conocidos, hasta evaluación psiquiátrica que dice que Nancy está "delirante".

Lalita comenzó a revisar documentos con horror creciente. Reconoció patrón inmediatamente: gaslighting sistemático disfrazado de preocupación médica legítima.

—Y ahora el juez, que resulta ser amigo cercano de Erasmo —continuó su padre—, firmó orden preliminar. Nancy tiene setenta y dos horas antes de ser internada forzosamente en institución psiquiátrica. Erasmo argumenta que es "por su seguridad" porque ella está teniendo "episodios psicóticos" donde "fantasea ser víctima de abuso".

—Dios mío.

—Elena está paralizada. Erasmo la controla económicamente. La ha convencido de que ella también es "frágil". Nancy está sola, aterrada, y yo... yo no sé cómo ayudarla. Pero tú sí.

Lalita levantó la vista del expediente.

—¿Por qué piensas que yo puedo ayudar?

—Porque leí sobre tu trabajo. El caso Gonzalo Iñiguez. Cómo lo atrapaste manipulando exactamente este tipo de situaciones. Eres experta en detectar gaslighting, en documentar abuso psicológico. Nancy necesita evaluación de profesional que pueda demostrar que ella está cuerda y Erasmo está mintiendo.

—Papá, me retiré de psicología forense. Ya no tomo casos así.

—Lo sé. Y no tengo derecho de pedirte esto después de ocultarte su existencia durante dieciocho años. Pero Nancy va a ser internada en tres días. Y una vez que esté dentro de institución psiquiátrica, diagnosticada oficialmente, medicada... va a ser casi imposible sacarla. Erasmo lo sabe. Por eso aceleró timeline.

Lalita cerró los ojos. No quería esto. Había construido cuidadosamente vida sin casos que la destruían emocionalmente. Sin entrar en mentes manipuladoras. Sin estudiar monstruos.

—No puedo.

—Lali, por favor.

—No puedo, papá. No después de... el último caso me destrozó. Pasé seis meses recuperándome. Si vuelvo a ese mundo, si entro en mente de otro manipulador...

—Es tu hermana.

—¡Una hermana que no conozco! ¡Que ni siquiera sabía que existía hasta hace diez minutos!

El grito salió más fuerte de lo que pretendía. Otras personas en cafetería los miraron.

Su padre bajó la voz, pero intensidad permaneció:

—Tienes razón. Es injusto. Todo es injusto. Pero Nancy está leyendo sobre ti desde hace años. Admira tu trabajo. Estudia psicología en

universidad porque quiere ser como tú. Y no sabe que eres su hermana porque yo fui cobarde para decirle.

Sacó su teléfono y mostró fotografía.

Lalita vio chica de dieciocho años con sus mismos ojos oscuros, misma estructura facial. Inconfundiblemente familia. Y en esa fotografía, Nancy sostenía cartel escrito a mano:

"¿Estoy loca o él miente? Ya no sé qué es real."

Lalita sintió algo quebrarse en su pecho.

Porque reconoció esa expresión. La había visto en rostro de Valeria en fotografías postmortem. La desesperación de alguien que ha sido convencido de que su propia realidad es falsa.

—No voy a obligarte —dijo su padre en voz baja—. Pero si no la ayudas, no sé quién más puede. Y si la internan, si Erasmo gana... Nancy va a terminar como esas estadísticas que tú estudias. Otra víctima del sistema que protege a abusadores.

Lalita miró la fotografía por largo rato.

Pensó en Gonzalo, en las noches sin dormir, en terapia interminable tratando de recuperarse.

Pensó en promesa que se había hecho: nunca más.

Pero también pensó en Nancy, chica de dieciocho años que admiraba su trabajo sin saber que compartían sangre. Que estaba exactamente en posición donde Valeria estuvo. Donde Sandra Vega estuvo.

Y esta vez, había oportunidad de prevenir tragedia en lugar de solo documentarla después.

—Necesito ver expediente completo —dijo finalmente—. Todo lo que tengas sobre Erasmo, sobre Nancy, sobre evaluaciones psiquiátricas previas.

Su padre exhaló con alivio visible.

—Lo tengo todo. Elena me lo envió.

—Y necesito hablar con Nancy. Directamente. Sin Erasmo presente.

—Está en observación preventiva en hospital psiquiátrico en Puebla. Pero puedo conseguir permiso de visita para mañana.

—Bien. Voy a ir. Pero papá...

—¿Sí?

—Esto no significa que te haya perdonado. No puedo procesar ahora que ocultaste hermana durante dieciocho años. Eso va a requerir mucho tiempo y probablemente terapia familiar.

—Lo entiendo.

—Solo estoy haciendo esto porque Nancy no tiene culpa de tus decisiones. Y porque nadie merece ser internada como loca por decir verdad.

Su padre asintió, lágrimas corriendo por su rostro.

—Gracias. Gracias, Lali.

Lalita empacó los documentos en su bolsa. Se levantó para irse.

—No me agradezcas todavía. Porque si descubro que me estás mintiendo sobre algo, si esto resulta ser manipulación de algún tipo, nunca más vas a saber de mí. ¿Entendido?

—Entendido.

Esa noche, en su departamento, Lalita no durmió.

Pasó horas revisando expediente. Cada página revelaba patrón más claro: Erasmo no era psicópata sofisticado como Gonzalo, pero era efectivo. Usaba legitimidad institucional como arma. Había construido narrativa perfecta donde él era padre preocupado y Nancy era adolescente inestable.

Y casi había funcionado.

A las tres de la madrugada, Lalita abrió su libreta amarilla. Volumen once, que había jurado dejar en blanco. Que representaba su retiro permanente.

Y escribió:

Observación #1 (regreso involuntario): "94 días de distancia terminaron con una llamada telefónica.

Tengo media hermana. Nancy Thompson. 18 años. Estudiante de psicología. No la conozco.

Pero está siendo destruida por gaslighting de su padrastro que intenta internarla para silenciar acusación de abuso.

Tengo 72 horas para salvarla.

Y para hacerlo, voy a tener que volver exactamente al tipo de trabajo del que estaba escapando.

Entrar en mente manipuladora.

Pensar como depredador.

Usar técnicas que casi me destruyeron la última vez.

No quiero hacer esto.

Pero Nancy está sosteniendo cartel que dice '¿Estoy loca o él miente?'

Y yo sé exactamente qué se siente.

Porque Gonzalo casi me llevó ahí.

Y si puedo usar lo que aprendí de ese infierno para salvar a alguien más...

Entonces quizás valió la pena.

O al menos eso me digo.

Para justificar por qué estoy a punto de romper promesa que me hice.

Mañana voy a Puebla.

A conocer hermana que no sabía que tenía.

Y a enfrentar monstruo que intenta destruirla.

Dios ayúdame.

Porque tengo sensación terrible de que esto va a costar más de lo que puedo pagar."

Cerró la libreta.

Afuera, la ciudad dormía.

Pero Lalita permaneció despierta, mirando fotografía de Nancy.

Los mismos ojos.

La misma estructura facial.

Sangre compartida que nunca supo que existía.

Y ahora, responsabilidad que no buscó pero no podía rechazar.

Porque si algo había aprendido de seis meses estudiando a Gonzalo, era esto:

Hay momentos donde eliges quién eres.

Donde decides si vas a usar conocimiento oscuro para bien o si vas a esconderte de él.

Y este era uno de esos momentos.

Nancy necesitaba ayuda.

Y Lalita, con todas sus cicatrices y grietas, era única persona que podía darla.

Aunque el precio fuera regresar al laberinto.

Aunque significara arriesgar todo lo que había reconstruido.

94 días de paz.

Terminados con una llamada.

Y mañana, comenzaría descenso nuevamente.

Pero esta vez, no estaría salvando extraña.

Estaría salvando familia.

Y eso tenía que hacer diferencia.

¿Verdad?

CAPÍTULO 2: "Conociendo al enemigo"

El viaje a Puebla tomó tres horas que Lalita pasó revisando obsesivamente cada documento del expediente.

Erasmo Palaciegos, 45 años. Trabajador social con dieciocho años de experiencia. Especializado en "adolescentes en riesgo". Respetado en su comunidad. Voluntario en programa de prevención de adicciones. Miembro activo de iglesia local.

El perfil perfecto de hombre que nadie sospecharía.

Exactamente el tipo de máscara que Gonzalo habría admirado.

Lalita leyó las evaluaciones psiquiátricas de Nancy tres veces. Todas firmadas por Dr. Héctor Villegas, amigo cercano de Erasmo según notas de su padre. El lenguaje era técnico pero las conclusiones devastadoras: "Trastorno de personalidad límite con rasgos narcisistas. Tendencia a fantasías elaboradas. Disociación entre realidad y percepción. Recomendación: internamiento para evaluación exhaustiva y posible tratamiento farmacológico prolongado."

Era un mentiroso profesional. Cada frase calculada para destruir credibilidad de Nancy mientras sonaba médicamente legítima.

A las once de la mañana, Lalita llegó al Hospital Psiquiátrico San Rafael en las afueras de Puebla. Edificio gris de tres pisos rodeado por jardines cuidados que no lograban disfrazar su naturaleza: institución donde personas eran guardadas, no curadas.

Su padre la esperaba en estacionamiento, nervioso, ojeroso.

—Conseguí permiso de visita de una hora. Elena vendrá también. Quiere conocerte.

—¿Erasmo sabe que estoy aquí?

—No. Le dijimos a Nancy que venía psicóloga independiente para segunda evaluación. No mencionamos tu nombre ni nuestra relación.

—Bien. Mantengámoslo así hasta que entienda situación completa.

Entraron al hospital. Olor a desinfectante mezclado con algo más oscuro: desesperación institucionalizada. Pasillos pintados en colores que pretendían ser alegres pero resultaban deprimentes.

Una mujer de unos cuarenta y cinco años los esperaba en sala de visitas. Elena Martínez era pequeña, delgada, con expresión de quien ha aprendido a ocupar el menor espacio posible en el mundo.

—Usted debe ser Lalita —dijo con voz suave—. Gracias por venir. Yo... sé que esto es complicado.

—Hablemos de Nancy primero —respondió Lalita manteniendo tono profesional—. Después tendremos tiempo para lo demás.

Elena asintió con alivio visible. Probablemente había temido confrontación inmediata.

—Nancy está en ala de observación. Lleva aquí cinco días. Dicen que es "por su seguridad" pero yo sé... yo sé que es para documentar "episodios" que justifiquen internamiento permanente.

—¿Ha tenido episodios?

—No. Pero los enfermeros escriben cosas. "Paciente agitada." "Paciente no cooperativa." "Paciente muestra paranoia hacia personal." Todo normal si estás aterrada de ser encerrada contra tu voluntad, pero ellos lo documentan como síntomas.

Lalita conocía esa táctica. Patologizar respuestas normales a situaciones anormales.

Una enfermera las guio a sala de visitas privada. Pequeña, sin ventanas, dos sillas y mesa atornillada al piso.

—Quince minutos —anunció la enfermera—. Política del hospital para pacientes en observación.

—El permiso judicial dice una hora —intervino el padre de Lalita mostrando documentos.

La enfermera frunció el ceño pero asintió con reluctancia.

Cinco minutos después, trajeron a Nancy.

Lalita sintió impacto físico al verla en persona. No era solo parecido facial. Era expresión: misma forma de evaluar habitación antes de entrar, misma postura defensiva pero digna, mismos ojos que procesaban todo constantemente.

Nancy vestía uniforme gris de hospital. Demasiado grande. Cabello oscuro recogido en coleta desprolija. Sin maquillaje. Ojeras profundas. Pero había algo en su mirada que hizo que Lalita sintiera alivio inesperado: lucidez absoluta.

No había nada de locura en esos ojos. Solo miedo lúcido y furia contenida.

—Mamá —dijo Nancy con voz temblorosa—. Papá...

Se lanzó a brazos de su madre. Elena la abrazó llorando. El padre de Lalita se mantuvo a distancia, consciente de que su relación con Nancy era más complicada.

Después de momento, Nancy notó a Lalita.

—¿Usted es la psicóloga?

—Soy Lalita Thompson. Y sí, soy psicóloga forense. Pero antes de que hablemos profesionalmente, hay algo que necesitas saber.

Nancy la miró con curiosidad mezclada con cautela.

Lalita respiró profundo. No había forma suave de decir esto.

—Soy tu media hermana.

El silencio fue absoluto.

Nancy parpadeó, procesando. Miró a su madre, quien asintió con lágrimas. Miró al padre de Lalita, quien bajó la vista con vergüenza.

—¿Mi…. qué?

—Nuestro padre tuvo relación con tu madre hace muchos años. Yo no lo supe hasta anoche. Tú no lo sabías tampoco. Él lo ocultó de ambas.

Nancy se sentó lentamente, como si piernas no pudieran sostenerla.

—Tú… tú eres Lalita Thompson. La psicóloga del caso Gonzalo Iñiguez. Leí toda tu tesis sobre psicopatía de alto funcionamiento. Te admiro desde hace años. Quiero estudiar psicología forense porque…

Su voz se quebró.

—Porque quería ser como tú. Y resulta que eres mi hermana.

Lalita sintió nudo en garganta.

—Así parece.

—¿Por qué no me dijeron antes?

La pregunta fue para su madre y padre, pero ninguno tuvo respuesta adecuada.

Nancy sacudió la cabeza, lágrimas corriendo.

—No importa. Nada de eso importa ahora. Porque en tres días voy a ser internada permanentemente en este infierno y todos van a creer que estoy loca.

—Por eso estoy aquí —dijo Lalita firmemente—. Para asegurar que eso no pase. Pero necesito que me cuentes todo. Desde el principio. Sin omitir nada.

Nancy se limpió lágrimas y asintió.

—Erasmo llegó a nuestras vidas hace dos años. Mamá lo conoció en grupo de apoyo de la iglesia. Parecía perfecto: estable, amable, interesado en nosotras. Se casaron hace seis meses.

—¿Cuándo comenzó el comportamiento inapropiado?

—Casi inmediatamente después de la boda. Comenzó con comentarios sobre mi apariencia. "Te estás poniendo muy bonita." "Cuidado con esa ropa, vas a volver locos a los chicos." Cosas que podrían ser inofensivas pero se sentían… mal.

—¿Se lo dijiste a tu mamá?

Nancy miró a Elena con mezcla de amor y frustración.

—Lo intenté. Pero Erasmo siempre estaba ahí. Y cuando mencionaba algo, él lo volteaba: "Nancy está malinterpretando paternalidad normal." "Nancy está en edad difícil, todo le parece amenaza." Y mamá… mamá quería creer que yo estaba exagerando.

Elena sollozó.

—Lo siento. Debí escucharte.

—Después vinieron los tocamientos —continuó Nancy—. "Accidentales". Mano en mi espalda baja. Rozar mi hombro. Una vez me encontró en baño y "no se dio cuenta" de que estaba ahí. Pero yo vi su cara. Sabía exactamente lo que hacía.

Lalita tomaba notas, documentando cada detalle.

—¿Y el incidente que generó la denuncia?

Nancy cerró los ojos, respirando profundo antes de continuar.

—Hace tres meses. Mamá estaba en retiro de fin de semana de la iglesia. Erasmo llegó borracho. Entró a mi habitación como a las dos de la mañana. Se sentó en mi cama. Me dijo que siempre le había parecido hermosa. Que yo "lo provocaba" con mi forma de vestir. Intentó tocarme.

—¿Qué hiciste?

—Lo empujé. Le grité que saliera. Amenacé con llamar a la policía. Él se rio. Me dijo: "Nadie te va a creer. Eres adolescente dramática con historial de problemas. Yo soy trabajador social respetado. ¿Quién crees que tiene credibilidad?"

—Pero lo denunciaste de todas formas.

—En cuanto mamá regresó. Fui directo a ministerio público. Presenté acusación formal. Y entonces Erasmo hizo algo brillante y aterrador.

—¿Qué?

—No negó que algo pasó. Dijo que yo entré a su habitación. Que yo me insinué. Que él, como padre preocupado, me rechazó apropiadamente. Y que yo, humillada, inventé versión alternativa donde él era agresor.

Lalita escribió rápidamente. Era técnica clásica: admitir interacción pero invertir roles.

—Y después presentó expediente completo argumentando que tienes trastorno mental.

—Peor. Me llevó con su amigo psiquiatra diciendo que estaba "preocupado" por mi salud mental después del "episodio". El psiquiatra me hizo evaluación donde yo estaba todavía traumatizada, confundida, enojada. Y usó cada respuesta emocional normal como evidencia de patología.

—¿Tienes historial previo de problemas mentales?

—Ansiedad. Como cualquier adolescente. Fui a terapia cuando tenía dieciséis porque mis padres se estaban divorciando. Erasmo tomó esos registros y los tergiversó: "Historial documentado de inestabilidad emocional."

Era demolición sistemática de credibilidad.

—¿Y el diario que mencionó tu padre? ¿El que supuestamente demuestra que fantaseas con Erasmo?

Nancy apretó puños hasta que nudillos se pusieron blancos.

—Me lo hizo escribir. Dijo que era "ejercicio terapéutico" para procesar mis "sentimientos confusos". Me dictó exactamente qué escribir sobre supuestas fantasías. Yo pensé que era confidencial, que me ayudaría a "entender" por qué estaba "malinterpretando" sus acciones. Y después lo presentó como evidencia de que estoy obsesionada con él.

Lalita sintió furia fría. Era gaslighting de manual: hacer que víctima documente su propia "locura" bajo pretexto de terapia.

—Nancy, mírame. Esto es importante. ¿Estás absolutamente segura de que Erasmo intentó abusarte? ¿Sin ninguna duda?

Nancy la miró directamente a los ojos sin titubear.

—Tan segura como de que estoy sentada aquí. Él entró borracho a mi habitación. Me tocó. Me dijo cosas asquerosas. Y cuando lo rechacé, decidió destruirme para que nadie me creyera. Y casi lo logra.

Lalita vio verdad absoluta en su expresión. Después de años evaluando mentiras, reconocía honestidad cuando la veía.

—Te creo.

Nancy exhaló como si hubiera estado conteniendo respiración durante meses.

—¿De verdad?

—De verdad. Y vamos a detenerlo.

—¿Cómo? Él tiene todo: testimonio de vecinos, evaluación psiquiátrica, juez que es su amigo, evidencia fabricada. Yo solo tengo mi palabra. Y mi palabra no vale nada contra todo eso.

—Tu palabra vale. Solo necesitamos construir caso que la respalde. Y yo sé exactamente cómo hacer eso.

—¿Cómo?

—Porque enfrenté a alguien peor que Erasmo. Y aprendí que manipuladores cometen errores cuando se sienten superiores. Erasmo cree que ya ganó. Esa confianza es su vulnerabilidad.

Nancy la estudió con expresión que mezcla esperanza y escepticismo.

—Leí sobre el caso Iñiguez. Sobre cómo lo atrapaste. Pero también leí que casi te destruye en el proceso.

—Así fue.

—¿Entonces por qué estás dispuesta a hacer esto otra vez? No solo por mí, no me conoces.

Lalita consideró mentir, dar respuesta profesional. Pero Nancy merecía honestidad.

—Porque sé exactamente cómo se siente que nadie te crea. Que tu realidad sea cuestionada sistemáticamente. Que alguien intente convencerte de que estás loca cuando sabes que no lo estás. Y si puedo evitar que pases por lo que casi me destruyó... vale la pena el riesgo.

Nancy asintió lentamente, lágrimas nuevas cayendo.

—Gracias. No merezco que arriesgues tanto por mí.

—No es sobre merecer. Es sobre detener a alguien que está usando el sistema para destruir a víctima. Y eso... eso es exactamente el tipo de injusticia que me hizo elegir esta carrera.

La puerta se abrió. La enfermera asomó cabeza.

—Tiempo terminado.

—Tenemos autorización de una hora —protestó el padre de Lalita.

—Paciente necesita regresar a su habitación para medicación programada.

—¿Qué medicación? —preguntó Lalita con alarma.

—Ansiolíticos prescritos por Dr. Villegas.

—Nancy no necesita ansiolíticos. Necesita salir de aquí.

La enfermera se puso rígida.

—No puedo discutir tratamiento con visitantes. Paciente será liberada cuando equipo médico determine que es seguro.

Dos guardias de seguridad aparecieron detrás de la enfermera.

Mensaje era claro: la conversación había terminado.

Nancy se levantó lentamente. Antes de irse, abrazó a Lalita.

—Por favor no me dejes aquí —susurró—. Están drogándome para que realmente parezca confusa. Y después van a usar esa confusión como evidencia.

—No voy a dejarte. Lo prometo.

Guardias escoltaron a Nancy fuera. Elena salió llorando, sostenida por el padre de Lalita.

Lalita se quedó en sala de visitas procesando conversación.

Nancy no estaba loca. De eso estaba completamente segura.

Pero Erasmo estaba construyendo caso perfecto donde locura de Nancy parecía documentada, profesional, indisputable.

Y tenía menos de 72 horas para destruir esa narrativa.

Necesitaba estrategia. Necesitaba pensar como manipulador para anticipar movimientos de Erasmo.

Necesitaba entrar en mente que operaba sin empatía pero con inteligencia calculada.

Y solo conocía una persona que podía enseñarle a hacer eso.

Sacó su teléfono. Buscó número que había jurado nunca volver a marcar.

Administración de Reclusorio Norte, Ciudad de México.

—Necesito programar visita a interno —dijo cuando contestaron—. Gonzalo Iñiguez. Lo más pronto posible.

—¿Nombre de visitante?

Lalita cerró ojos. Sabía que este momento llegaría. Había esperado tener más tiempo. Más distancia.

Pero Nancy no tenía tiempo.

—Lalita Thompson.

—Un momento.

Pausa larga. Después:

—El interno Iñiguez acepta su visita. ¿Puede venir mañana a las dos de la tarde?

Por supuesto que aceptaba. Probablemente había estado esperando esta llamada.

—Estaré ahí.

Colgó con manos temblando.

Afuera, su padre y Elena esperaban en estacionamiento.

—¿Y bien? —preguntó su padre—. ¿Puedes ayudarla?

—Puedo. Pero va a costar.

—¿Cuánto? Pagaremos lo que sea.

—No hablo de dinero.

Lalita miró edificio gris del hospital donde Nancy estaba siendo sistemáticamente drogada y documentada como evidencia de su propia locura.

Y supo con certeza terrible que para salvarla, tendría que hacer algo que juró nunca hacer:

Regresar con Gonzalo.

Pedirle ayuda.

Y pagar precio que él seguramente pediría.

94 días de distancia.

Terminados.

Y mañana comenzaría descenso de vuelta al abismo.

Solo esperaba poder salir esta vez.

Observación #2: "Conocí a Nancy. Es brillante, lúcida, aterrada. Y completamente cuerda. Erasmo está destruyéndola con precisión quirúrgica: tergiversando evidencia, manipulando testimonios, usando sistema médico como arma. Es menos sofisticado que Gonzalo pero igualmente efectivo. Para detenerlo, necesito pensar como él. Anticipar sus movimientos. Entrar en lógica manipuladora. Y solo hay una persona que puede enseñarme a hacer eso sin perderme completamente en

proceso. Llamé a reclusorio. Visito a Gonzalo mañana. Juré nunca volver. Pero Nancy no tiene a nadie más. Y si el precio de salvarla es vender parte de mi alma otra vez... entonces ese es precio que pagaré. Aunque me aterra lo que Gonzalo pedirá a cambio."

CAPÍTULO 3: "El pacto con el diablo"

El Reclusorio Norte no había cambiado en tres meses.

Mismos muros grises. Mismo olor a concreto y desesperación. Mismos procedimientos de seguridad que convertían simple visita en ritual de humillación calculada.

Lalita pasó por detector de metales, revisión de bolso, registro en bitácora. Le quitaron teléfono, llaves, pluma. Le permitieron conservar solo libreta amarilla y lápiz de madera sin punta.

La guardia que procesó su entrada la reconoció.

—Usted es la psicóloga. La que lo atrapó.

—Así es.

—¿Y vuelve a visitarlo voluntariamente?

—Así parece.

La guardia negó con cabeza, expresión mezclando lástima y desaprobación.

—Hay tipos que no se debe visitar dos veces. Él es uno de ellos.

Lalita no respondió porque la guardia tenía razón.

La llevaron a sala de visitas diferente a la que había usado durante evaluaciones forenses. Más pequeña, más privada. Sin espejo unidireccional. Sin cámaras visibles. Solo mesa, dos sillas, y ventana pequeña en puerta donde guardia podía observar pero no escuchar.

Sala diseñada para visitas personales, no profesionales.

Lalita se sentó, corazón latiendo incómodamente rápido. Abrió su libreta en página en blanco aunque sabía que no tomaría notas. Esto no era evaluación. Era negociación.

La puerta se abrió.

Gonzalo entró con guardia que le quitó esposas. Vestía uniforme naranja de prisión estándar, pero lo llevaba con misma compostura imposible que traje de diseñador. Postura relajada. Expresión de curiosidad genuina mezclada con algo que podría ser placer.

Guardia salió, cerrando puerta con click metálico definitivo.

Gonzalo se sentó frente a Lalita sin que se lo indicaran. Cruzó manos sobre mesa con gesto casi coreografiado. Sonrió.

—Psicóloga Thompson. Qué placer inesperado. O debería decir... inevitable.

—Gonzalo.

—Han pasado exactamente noventa y cuatro días desde nuestra última conversación. ¿Los contaste como yo?

Lalita sintió escalofrío. Por supuesto que había contado.

—No vine para conversar nostálgicamente.

—No. Viniste porque necesitas mi ayuda. Y eso debe estar matándote por dentro.

—¿Leíste sobre el caso de Nancy en periódicos?

—Naturalmente. Sigo noticias de Puebla específicamente porque sabía que eventualmente algo llamaría tu atención. Erasmo Palaciegos. Trabajador social respetado acusado de intento de abuso por hijastra. Él contraataca argumentando que ella tiene trastorno mental. Juez ordena evaluación psiquiátrica. Resultado: internamiento inminente. Historia trágicamente común.

Hizo pausa, estudiándola.

—Pero lo interesante no es el caso. Es que Nancy Thompson es tu media hermana. Descubrimiento reciente, imagino, dado que tu padre la ocultó exitosamente durante dieciocho años. Y ahora estás aquí porque reconoces patrón que te resulta familiar: gaslighting sistemático usado como arma legal.

—¿Cómo sabes que es mi hermana?

—Porque cuando leí que consultora psicológica sin identificar estaba evaluando caso, supe que eras tú. Nadie más combinaría tu formación específica con motivación personal suficiente para involucrarse. Entonces investigué conexión. No fue difícil: apellido Thompson, edad correcta, madre Elena Martínez que trabajó en misma empresa que tu padre hace veinticinco años. Deducciones básicas.

Gonzalo se reclinó, disfrutando claramente.

—Y ahora estás aquí, violando promesa que te hiciste, porque Nancy tiene setenta y dos horas antes de internamiento y tú no sabes cómo detener a Erasmo con métodos convencionales. Así que vienes al monstruo que casi te destruyó para pedirle que te enseñe a pensar como monstruo. Es poético, realmente.

Lalita apretó lápiz hasta que madera amenazó con quebrarse.

—¿Vas a ayudarme o solo vas a disfrutar de mi desesperación?

—¿Por qué no ambas cosas?

—Gonzalo.

—Está bien. Hablemos de Erasmo Palaciegos. Hombre interesante. No tiene mi coeficiente intelectual ni mi sofisticación, pero tiene algo que yo nunca tuve: legitimidad institucional. Eso lo hace peligroso de forma diferente.

Se inclinó hacia adelante, voz tomando tono casi profesional.

—Su metodología es predecible pero efectiva: aislar víctima, minar credibilidad mediante aparente preocupación legítima, usar sistema médico y legal como armas. Nancy no puede ganar en campo de batalla que él diseñó porque todas las reglas favorecen su narrativa.

—Entonces, ¿cómo la detengo?

—Primero dime: ¿qué estás dispuesta a pagar por mi ayuda?

Ahí estaba. La pregunta que Lalita había temido desde que llamó al reclusorio.

—Depende de qué pidas.

—Honestidad. Eso pido. Nada de juegos, nada de pretender que esto es consulta profesional. Admite que me necesitas. Que sin mí, Nancy será internada y Erasmo ganará.

—Te necesito.

—Más específico. ¿Por qué me necesitas?

Lalita respiró profundo. Odiaba darle esta satisfacción, pero no tenía opción.

—Porque eres único que entiende cómo operan mentes como la de Erasmo. Cómo piensan, cómo planean, cómo manipulan. Y porque para detenerlo necesito anticipar sus movimientos. Pensar como él. Y tú puedes enseñarme a hacer eso.

—Mejor. ¿Y qué me ofreces a cambio?

—¿Qué quieres?

Gonzalo la observó largamente, evaluando. Lalita vio cálculo en sus ojos: pesando opciones, considerando posibilidades, diseñando precio que maximizara su beneficio.

—Quiero diez sesiones. Dos horas cada una. Sin grabaciones. Sin observadores. Solo tú y yo, conversando como solíamos hacerlo.

Lalita sintió náusea subir por garganta.

—¿Por qué?

—Porque estoy aburrido, psicóloga Thompson. Devastadoramente aburrido. Esta celda, estos muros, esta rutina monótona... es tortura para mente como la mía. Los otros internos son predecibles. Los guardias son simples. Los libros solo pueden entretener tanto tiempo. Y tú... tú eres el único estímulo intelectual significativo que he tenido en años.

—No soy tu entretenimiento.

—No. Eres mi proyecto inconcluso. Y detesto dejar proyectos inconclusos.

—Tu experimento conmigo terminó cuando fuiste sentenciado.

—¿Terminó? Lalita, apenas comenzó. Te cambié. Lo sabes. Todavía piensas en mí. Todavía ves mundo de forma diferente por haberme conocido. Todavía te despiertas a veces preguntándote si podrías haber detectado señales más temprano, evitado daño que causé, comprendido mejor cómo funciono.

Cada palabra era cierta y Lalita lo odiaba por señalarlo.

—Eso es obsesión normal después de caso traumático. No significa que tu experimento fue exitoso.

—Entonces pruébalo. Toma mis diez sesiones. Demuestra que puedes entrar y salir de mi mente sin cambiar. Que recuperaste completamente tu equilibrio. Que yo no tengo poder sobre ti.

Era trampa perfecta. Rechazar implicaba admitir que le tenía miedo. Aceptar significaba exponerse exactamente a lo que temía.

—¿Y si acepto estas sesiones, me das estrategia completa para destruir caso de Erasmo?

—Te doy más que eso. Te enseño a pensar como él. A anticipar cada movimiento. A encontrar vulnerabilidades que no verías desde tu perspectiva empática convencional. Te convierto en depredadora temporal para que puedas cazar otro depredador.

—Eso suena como receta para perder lo que me hace diferente de ti.

—O es reconocimiento de que diferencia entre nosotros es más pequeña de lo que te gusta admitir. Tú también manipulas, Lalita. Lo llamas terapia, persuasión, construcción de rapport. Pero es manipulación con otro nombre. La única diferencia es que tú sientes culpa por ello.

—La diferencia es que yo manipulo para ayudar. Tú manipulabas para destruir.

—Semántica. El mecanismo es idéntico.

Lalita cerró los ojos, luchando contra verdad incómoda en sus palabras.

—Estas diez sesiones —dijo finalmente—. ¿Cuándo serían?

—Una por semana durante proceso del caso. Vienes, me actualizas sobre progreso, yo ajusto estrategia. Eso me mantiene involucrado y te da guía continua.

—Eso me mantiene vinculada a ti durante dos meses y medio.

—Exactamente. Y garantiza que implementes mi asesoría correctamente en lugar de intentar improvisaciones que podrían fallar.

—¿Y después de caso? ¿Después de que Nancy esté a salvo?

—Después, terminamos con dos sesiones finales. Sin agenda sobre Nancy. Solo conversaciones. Tú preguntando lo que siempre quisiste preguntar. Yo respondiendo honestamente. Cierre apropiado para relación que nunca terminó correctamente.

Lalita abrió los ojos, encontrando mirada de Gonzalo fija en ella.

—Sabes que esto es manipulación, ¿verdad? Me estás ofreciendo exactamente lo que necesito cuando estoy desesperada, con precio que sabes que me va a costar pero que pagaré de todas formas.

—Por supuesto que lo sé. Pero eso no cambia el hecho de que realmente puedo ayudarte. Y que sin mi ayuda, probabilidad de salvar a Nancy disminuye significativamente.

—Eres un hijo de puta.

—Soy pragmático. ¿Aceptas o no?

Lalita pensó en Nancy en hospital psiquiátrico, siendo medicada innecesariamente, documentada como evidencia de su propia locura. Pensó en Erasmo construyendo caso perfecto donde él era víctima y Nancy era agresora inestable.

Pensó en promesa que se había hecho: nunca más volver con Gonzalo.

Y supo que iba a romper esa promesa.

—Acepto. Diez sesiones. Dos horas cada una. Empezando ahora.

Gonzalo sonrió con satisfacción genuina.

—Excelente. Entonces comencemos con análisis de Erasmo Palaciegos.

Sacudió cabeza como liberando transición, entrando en modo analítico.

—Erasmo tiene tres vulnerabilidades principales. Primera: su necesidad de ser percibido como víctima también. Hombres como él no solo destruyen a sus víctimas; necesitan validación de que sus acciones fueron justificadas. Busca señales de sobreactuación en rol de padre preocupado.

—Ya las vi. Su lenguaje es demasiado ensayado.

—Bien. Documenta cada inconsistencia. Cada momento donde su actuación se desliza. Porque manipuladores competentes mantienen máscaras constantemente, pero manipuladores mediocres como Erasmo se cansan. Eventualmente cometerá error.

—Segunda vulnerabilidad —continuó—: su ego profesional. Como trabajador social, ha construido reputación de experto en adolescentes problemáticos. Eso significa que cree genuinamente que entiende psicología. Y esa creencia lo hace susceptible a provocación. Si cuestionas su competencia profesional, sobre reaccionará.

—¿Cómo lo provoco sin alertarlo?

—Organizas reunión "informal" presentada como mediación. Invitas testigo neutral: trabajadora social independiente que no conoce a Erasmo. Durante reunión, halagas sutilmente su manejo de "situación difícil". Hazlo sentir validado, seguro. Y entonces introduces preguntas que parecen ingenuas pero son trampas.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Por ejemplo: "Debe haber sido difícil para usted, viviendo bajo mismo techo con adolescente que lo acosaba." Nota el framing: asumes su versión es verdadera, pero pides que elabore. Ego lo impulsará a dar detalles. Y en esos detalles, revelará más de lo que pretende.

Lalita escribió rápidamente, mano moviéndose automáticamente.

—Tercera vulnerabilidad: su incapacidad de aguantarse las ganas de demostrar poder cuando se siente amenazado. Hombres como Erasmo necesitan control constante. Si siente que lo está perdiendo, escalará. Hará movimiento desesperado. Y movimientos desesperados generan evidencia.

—¿Cómo lo hago sentir amenazado sin arruinar caso?

—Cuestionas evidencia que presentó. No agresivamente. Con confusión profesional. "Doctor Villegas, esta evaluación parece concluir trastorno severo basado en sesión única. ¿Es protocolo estándar?" Plantas dudas sin acusar directamente. Eso hará que Erasmo presione a Villegas para generar más "evidencia". Y evidencia fabricada bajo presión contiene errores.

Gonzalo se reclinó, estudiándola.

—Pero nada de esto funcionará si no puedes pensar como él. Tienes que anticipar qué dirá antes de que lo diga. Qué hará antes de que lo haga. Para eso necesitas entrar en su lógica.

—¿Y cómo entro en lógica de alguien que justifica abuso de menor bajo su cuidado?

—Reconociendo que para él no es abuso. Es derecho. Erasmo genuinamente cree que Nancy le debe algo por "cuidarla". Que sus insinuaciones fueron respuesta apropiada a provocación percibida. No es psicópata como yo; tiene emociones. Pero las usa para justificar acciones que moralmente son indefendibles.

—Eso es repugnante.

—Por supuesto que lo es. Pero entender repugnancia es clave para derrotarla. No puedes combatir enemigo que no comprendes.

Lalita sintió verdad oscura en esas palabras.

—¿Y si comprenderlo me cambia como me cambiaste tú?

—Te cambiará. Pero no necesariamente para peor. Gonzalo hizo pausa significativa. Cada exposición a oscuridad deja marca. Pero también desarrolla inmunidad. Primera vez que estudias monstruo, casi te destruye. Segunda vez, sabes qué esperar. Eventualmente, puedes entrar y salir sin perderte.

—¿Tú puedes?

—Yo nunca entro. Siempre estuve dentro.

Silencio cayó entre ellos. Lalita procesó todo lo que había dicho, clasificando estrategias de manipulación psicológica.

—Primera sesión terminará pronto —dijo Gonzalo consultando reloj en pared—. ¿Suficiente para comenzar?

—Suficiente para darme dirección. Pero tendré preguntas cuando implemente.

—Para eso están otras nueve sesiones. ¿Cuándo regresas?

—Dentro de cuatro días. Después de reunión con Erasmo.

—Perfecto. Eso me da tiempo de pensar en refinamientos de estrategia.

Llamó a guardia tocando ventana de puerta.

Antes de que entraran, Gonzalo dijo en voz baja:

—Lalita, una cosa más. Importante.

—¿Qué?

—No subestimes a Erasmo por ser menos inteligente que yo. Él tiene algo peligroso que yo nunca tuve: desesperación emocional real. Yo maté fríamente, calculadamente. Él está actuando desde miedo de exposición, humillación, pérdida de estatus. Eso lo hace impredecible de forma que yo nunca fui.

—¿Me estás advirtiendo que es más peligroso que tú?

—Te estoy advirtiendo que es diferente. Y diferente requiere adaptación. No asumas que técnicas que funcionaron conmigo funcionarán con él.

Guardia entró, esposó a Gonzalo.

—Gracias —dijo Lalita sin estar segura de qué exactamente agradecía.

—No me agradezcas todavía. Apenas comenzamos.

Lo escoltaron fuera. Lalita se quedó en sala, procesando última hora.

Había hecho pacto con diablo.

Diez sesiones a cambio de estrategia para salvar a Nancy.

Y la primera sesión ya había cambiado algo en ella: veía caso de forma diferente. Más fría. Más calculada.

Menos como salvadora empática y más como depredadora cazando otra depredadora.

Exactamente lo que Gonzalo quería.

Salió de reclusorio dos horas después de haber entrado. El sol estaba comenzando a ponerse, tiñendo ciudad de naranja y púrpura.

Zoé la esperaba en estacionamiento, apoyada en su auto.

—¿Lo hiciste? ¿Realmente fuiste a verlo?

—Lo hice.

—¿Y?

—Y me dio exactamente lo que necesitaba. Pero también me cobró exactamente lo que temía.

—¿Qué pidió?

—Diez sesiones. Dos horas cada una. Sin grabaciones.

—Estás loca. Eso es suicidio psicológico.

—Es precio de salvar a Nancy.

Zoé negó con cabeza, expresión mezclando preocupación y frustración.

—Lali, sé que quieres ayudar a tu hermana. Pero, ¿a qué costo? Pasaste seis meses recuperándote de Gonzalo. Y ahora voluntariamente regresas con él por dos meses más.

—Nancy será internada en dos días si no hago algo. No tengo opción.

—Siempre hay opción. Puedes referir caso a colega, buscar otro experto, encontrar estrategia diferente.

—No hay tiempo. Y Gonzalo es único que realmente entiende cómo piensan tipos como Erasmo.

—Porque él es uno de ellos.

—Exactamente. Y a veces hace falta monstruo para detener otro monstruo.

Zoé abrazó a Lalita, quien no se dio cuenta de que estaba temblando hasta que sintió calor de contacto humano.

—Prométeme que vas a cuidarte. Que si esto se vuelve demasiado, te detendrás.

—Te lo prometo.

Era mentira y ambas lo sabían.

Porque Lalita no se detendría hasta que Nancy estuviera a salvo.

Incluso si eso significaba perder parte de sí misma en proceso.

Esa noche escribió:

Observación #3: "Hice pacto con Gonzalo. Diez sesiones a cambio de estrategia para destruir a Erasmo. Primera sesión fue exactamente lo que temía: entré en su lógica, vi mundo desde su perspectiva, aprendí a pensar como depredador. Y funcionó. Ahora veo caso de Nancy de forma diferente. Más fría. Más calculada. Gonzalo me dio herramientas específicas: provocar ego de Erasmo, documentar inconsistencias, crear situación donde sobre reaccione. Son técnicas brillantes. Y aterradoras. Porque para implementarlas correctamente, necesito dejar de ver a Erasmo como persona y comenzar a verlo como sistema que necesita ser hackeado. Esa deshumanización es exactamente cómo Gonzalo ve a todos. Y ahora yo también estoy aprendiéndolo. Precio de salvar a Nancy es convertirme temporalmente en algo que no quiero ser. Solo espero poder regresar después. Gonzalo dijo que eventual inmunidad se desarrolla. Que la primera vez casi destruye, pero después aprendes a

entrar y salir. Quiero creerle. Pero también sé que cada vez que entras en oscuridad, algo se queda contigo. Y no estoy segura de cuántas veces puedo hacer esto antes de que oscuridad sea permanente."

CAPÍTULO 4: "El juego comienza"

Lalita pasó las siguientes 48 horas implementando fase uno de la estrategia de Gonzalo: documentar inconsistencias.

Había aprendido algo fundamental de su tiempo estudiando a Gonzalo: los manipuladores brillantes mantienen narrativas perfectamente consistentes. Los manipuladores mediocres cometen errores pequeños que, acumulados, revelan mentira subyacente.

Erasmo era manipulador mediocre.

Comenzó con los testimonios que Erasmo había presentado como evidencia del "comportamiento inapropiado" de Nancy. Cinco personas: tres vecinos, un profesor de Nancy, y una compañera de trabajo de Elena.

Lalita los entrevistó uno por uno, grabando cada conversación con consentimiento explícito.

El primer vecino, Don Roberto, de sesenta y tantos años:

—Erasmo me pidió que escribiera sobre comportamiento de Nancy. Dijo que necesitaba testimonios para evaluación psicológica. Yo solo puse lo que vi.

—¿Y qué vio exactamente?

—Bueno... Nancy a veces vestía con ropa reveladora. Faldas cortas, blusas ajustadas. Provocativa para chica de su edad.

—¿Usted considera que ropa específica es evidencia de comportamiento inapropiado?

—No cuando lo pone así. Pero Erasmo dijo que era patrón. Que Nancy intentaba llamar atención de forma sexual.

—¿Erasmo le dijo eso antes o después de que usted escribiera su testimonio?

Pausa larga.

—Creo que antes. Sí, definitivamente antes. Me explicó qué buscar.

Lalita tomó nota mental: testimonio contaminado por sugestión previa.

La segunda vecina, Señora Martínez:

—Erasmo es hombre maravilloso. Siempre amable, siempre preocupado por su familia. Cuando me pidió que escribiera sobre Nancy, por supuesto que acepté.

—¿Qué escribió específicamente?

—Que Nancy era manipuladora. Que lloraba fácilmente para conseguir lo que quería. Que mentía sobre cosas pequeñas.

—¿Presenció estas mentiras directamente?

—No directamente. Pero Erasmo me contó varios ejemplos. Dijo que Nancy le había dicho que iba a casa de amiga pero en realidad fue a fiesta. Cosas así.

—Entonces su testimonio se basa en lo que Erasmo le contó, no en observación propia.

—Bueno... sí. Pero él es trabajador social. Sabe identificar comportamientos problemáticos.

Otro testimonio contaminado.

El tercer vecino ni siquiera conocía a Nancy bien. Admitió abiertamente que Erasmo le había "pedido favor" de escribir observaciones generales sobre "adolescentes difíciles" sin mencionar específicamente a Nancy hasta que testimonio estaba casi completo.

El profesor de Nancy fue más útil:

—Erasmo me contactó hace dos meses. Dijo que Nancy estaba en evaluación psicológica y necesitaba información sobre su desempeño académico y comportamiento escolar.

—¿Y qué le dijo?

—Que Nancy es estudiante ejemplar. Promedio de 9.2. Participativa en clase. Sin problemas disciplinarios. Se lo dije exactamente así.

—¿Y eso fue incluido en expediente que Erasmo presentó?

—No lo sé. Él solo me pidió observaciones. Después me agradeció y nunca supe qué hizo con ellas.

Lalita revisó expediente de Erasmo. El testimonio del profesor había sido editado selectivamente: mencionaba que Nancy era "intensa emocionalmente" y "ocasionalmente conflictiva con figuras de autoridad" sin contexto de que era estudiante excelente.

Tergiversación mediante omisión.

La compañera de trabajo de Elena fue revelación más significativa:

—Elena es mi amiga desde hace años. Cuando conoció a Erasmo, me alegré por ella. Parecía buen hombre. Pero después del matrimonio, ella cambió.

—¿Cómo cambió?

—Se volvió... más pequeña. Más callada. Como si siempre estuviera caminando sobre cáscaras de huevo. Y cuando Nancy lo acusó, Elena me confesó algo en privado.

—¿Qué le confesó?

—Que Erasmo había comenzado a controlarla financieramente. Que necesitaba "aprobación" para gastos. Que él revisaba su teléfono regularmente "por seguridad". Y que cuando ella intentó defender a Nancy inicialmente, Erasmo la convenció de que ella estaba "proyectando sus propias inseguridades" en situación.

—¿Elena está siendo manipulada también?

—Absolutamente. Y cuando escribí mi testimonio, intenté mencionar esto. Pero Erasmo me llamó personalmente, muy enojado, diciendo que yo estaba "confundiendo problemas matrimoniales normales con abuso". Me amenazó con demanda por difamación si incluía esas observaciones.

—¿Y las incluyó?

—No. Me asusté. Pero ahora me arrepiento.

Lalita tenía lo que necesitaba: testimonios contaminados por sugestión, evidencia tergiversada, y testigo que Erasmo había silenciado mediante amenazas.

Pero faltaba pieza crucial: el Dr. Héctor Villegas, psiquiatra que había evaluado a Nancy.

Lalita llamó a su consultorio solicitando reunión "para discutir caso de paciente mutua". Villegas aceptó, probablemente esperando conversación colegial.

El consultorio del Dr. Villegas estaba en zona residencial cara de Puebla. Decoración pretenciosa: diplomas enmarcados cubriendo paredes, libros de psiquiatría ordenados por color más que contenido, fotografías de Villegas con figuras locales importantes.

Hombre de unos cincuenta años, cabello gris perfectamente peinado, sonrisa profesional que no alcanzaba sus ojos.

—Doctora Thompson, qué honor. Leí sobre su trabajo en caso Gonzalo Iñiguez. Impresionante.

—Gracias. Aprecio que me recibiera con tan poca anticipación.

—Cualquier cosa por colega. ¿En qué puedo ayudarla?

Lalita sacó copia de evaluación psiquiátrica de Nancy.

—Estoy revisando caso de Nancy Thompson. Vi que usted realizó evaluación que concluye trastorno de personalidad límite con rasgos narcisistas. Me gustaría entender mejor su proceso diagnóstico.

Villegas se tensó visiblemente pero mantuvo sonrisa.

—Por supuesto. ¿Qué específicamente le interesa?

—La evaluación se basó en sesión única de noventa minutos. Para diagnóstico de trastorno de personalidad, protocolo estándar generalmente requiere múltiples sesiones a lo largo de tiempo. ¿Hubo razón para desviarse de protocolo?

—La urgencia del caso. Erasmo Palaciegos, padrastro de Nancy, estaba preocupado por seguridad inmediata de ella y de familia. Comportamiento errático, amenazas, episodios de disociación.

—¿Presenció estos episodios directamente durante evaluación?

—Nancy mostró agitación, respuestas defensivas, incapacidad de mantener narrativa consistente.

—Respuestas que podrían ser normales en adolescente aterrada de ser evaluada en contexto de acusación de abuso.

Villegas se puso rígido.

—Doctora Thompson, entiendo que es contratada por familia de Nancy, pero debo advertirle que mi diagnóstico fue realizado con rigor profesional completo.

—No lo dudo. Solo intento entender metodología. Por ejemplo, administró pruebas estandarizadas: MMPI, Rorschach, evaluación de función cognitiva?

—El tiempo no permitía batería completa. Pero mi experiencia de veinticinco años me permite identificar patrones sin depender exclusivamente de pruebas formales.

—Comprendo. ¿Y habló con otras personas en vida de Nancy? ¿Profesores, amigos, familiares además de Erasmo?

—Erasmo proporcionó contexto extenso. Y como trabajador social especializado en adolescentes, su perspectiva profesional fue invaluable.

—¿Pero no verificó independientemente sus observaciones?

—Doctora Thompson, ¿está cuestionando mi competencia profesional?

Lalita recordó consejo de Gonzalo: provocar pero con confusión aparente, no acusación directa.

—En absoluto. Solo estoy tratando de entender por qué diagnóstico tan severo se basó en fuente única de información. En mi experiencia, eso es... inusual.

—Cada caso es diferente.

—Por supuesto. ¿Puedo preguntarle sobre su relación con Erasmo Palaciegos? Entiendo que son colegas.

—Conocidos profesionales. Ocasionalmente referimos casos mutuamente.

—¿Y él le refirió a Nancy específicamente?

—Sí. Como dije, estaba preocupado por ella.

—¿Le pagó directamente por evaluación o fue procesado a través de seguro de Nancy?

Villegas palideció ligeramente.

—No veo relevancia de esa pregunta.

—Solo curiosidad sobre procedimientos administrativos. En casos donde hay conflicto legal potencial, algunos profesionales evitan ser pagados directamente por parte que busca diagnóstico específico. Para evitar apariencia de sesgo.

—Mi diagnóstico no fue sesgado. Fue objetivo y basado en evidencia clínica.

—Por supuesto. ¿Estaría dispuesto a realizar segunda evaluación de Nancy? Esta vez con batería completa de pruebas, múltiples sesiones, y entrevistas colaterales con personas en su vida además de Erasmo.

—No veo necesidad. Mi evaluación fue completa.

—¿Completa en noventa minutos sin pruebas estandarizadas?

Villegas se levantó abruptamente.

—Esta conversación ha terminado. Si tiene objeciones a mi diagnóstico, puede presentarlas formalmente en contexto legal apropiado.

—Una última pregunta, Doctor Villegas. ¿Cuánto le pagó Erasmo por evaluación?

—Le pido que se retire de mi consultorio.

Lalita se levantó lentamente, guardando sus notas.

—Gracias por su tiempo. Ha sido muy revelador.

Afuera, en su auto, Lalita escribió observaciones inmediatas: Villegas se puso defensivo instantáneamente cuando protocolo fue cuestionado. Rehusó discutir pago. Admitió implícitamente que evaluación se basó únicamente en información de Erasmo sin verificación independiente.

No era evidencia sólida todavía. Pero era suficiente para establecer duda.

Al día siguiente, Lalita organizó reunión "informal" que Gonzalo había sugerido: mediación presentada como intento de resolver situación "sin escalar a tribunal".

Participantes: Lalita, Erasmo, Elena, abogado de Nancy (joven litigante de derechos civiles que aceptó caso pro bono), y figura crucial: Lic. Patricia Ruiz, trabajadora social independiente especializada en casos de abuso familiar.

Patricia no conocía a Erasmo. No tenía lealtad previa. Y, críticamente, tenía reputación de identificar manipulación con precisión quirúrgica.

La reunión fue en sala de conferencias de hotel neutral. Ambiente diseñado para parecer no confrontacional: mesa redonda, luz natural, café y galletas.

Erasmo llegó quince minutos tarde. Entrada calculada para establecer que él controlaba timing.

Era más alto de lo que Lalita esperaba. Físicamente imponente sin ser amenazante. Vestía suéter casual sobre camisa, proyectando imagen de padre relajado, no hombre en medio de crisis legal.

Sonrió al entrar.

—Disculpen retraso. Tráfico impredecible. —Se sentó junto a Elena, quien inmediatamente se encogió sutilmente. Tocó su brazo en gesto que podría verse como reconfortante pero que Elena claramente experimentó como control.

—Gracias por venir, Señor Palaciegos —comenzó Lalita con tono neutral —. Propósito de esta reunión es explorar si hay forma de resolver situación sin proceder a litigio completo.

—Estoy completamente abierto a eso —respondió Erasmo con voz que proyectaba razonabilidad—. Siempre he querido lo mejor para Nancy. Es por eso por lo que busqué ayuda profesional cuando su comportamiento se volvió preocupante.

—Ayúdeme a entender timeline —pidió Lalita—. ¿Cuándo notó por primera vez comportamiento que le preocupó?

—Casi inmediatamente después del matrimonio. Pequeñas cosas al inicio: mentiras sobre dónde había estado, manipulación de su madre, búsqueda constante de atención.

—¿Y cómo respondió a estas preocupaciones?

—Intenté hablar con Nancy directamente. Le expliqué que en familia funcional hay reglas, respeto mutuo. Pero ella lo interpretó como ataque personal.

Patricia, la trabajadora social independiente, tomaba notas silenciosamente.

Lalita continuó con siguiente pregunta de estrategia de Gonzalo: asumir su narrativa pero pedir elaboración.

—Debe haber sido difícil para usted, entrando a familia establecida, intentando crear autoridad parental con adolescente que lo resistía.

Erasmo se relajó visiblemente, sintiendo validación.

—Exactamente. Gracias por entenderlo. La mayoría de las personas no reconocen cuán desafiante es. Nancy tenía vínculo fuerte con Elena. Yo era intruso en dinámica que había funcionado para ellas durante años.

—¿Y la situación escaló gradualmente o hubo incidente específico que cambió todo?

—Escaló. Nancy comenzó a vestir de forma más provocativa. Encontraba excusas para estar en áreas comunes de casa cuando yo estaba ahí. Comentarios de doble sentido. Era... incómodo.

—¿Incómodo cómo?

Erasmo hizo pausa, como considerando cuidadosamente sus palabras. Pero Lalita vio cálculo en sus ojos: decidiendo cuánto revelar.

—Era comportamiento seductor. Reconozco que suena terrible decirlo sobre hijastra adolescente. Pero es verdad. Y cuando finalmente ocurrió incidente donde ella entró a mi habitación en pijama reveladora, supe que necesitaba intervención profesional.

—¿Ella entró a su habitación?

—Sí. Aproximadamente a las dos de la mañana. Elena estaba en retiro. Nancy dijo que había tenido pesadilla, que necesitaba hablar. Pero su intención era clara.

—¿Y qué hizo usted?

—Le pedí que se fuera inmediatamente. Le expliqué que su comportamiento era inapropiado. Ella se enojó, se sintió rechazada. Y al día siguiente inventó historia completamente diferente donde yo era agresor.

Elena, quien había permanecido callada, murmuró algo.

—¿Disculpa, Elena? —preguntó Lalita.

—Dije que Nancy nunca mencionó pesadilla. Cuando regresé del retiro, ella me contó que Erasmo había entrado a su habitación. No al revés.

Erasmo se volvió hacia ella con expresión de dolor calculado.

—Cariño, ya hablamos de esto. Nancy está confundida. El Dr. Villegas confirmó que tiene problemas con percepción de realidad.

—Pero, ¿y si Nancy tiene razón? —presionó Elena con voz temblorosa.

—Elena, por favor. No frente a extraños.

La forma en que dijo "extraños" mientras miraba a Lalita era simultáneamente desdeñosa y amenazante.

Patricia, la trabajadora social, intervino por primera vez:

—Señor Palaciegos, en su experiencia profesional como trabajador social, ¿qué protocolo seguiría normalmente cuando adolescente bajo su cuidado muestra comportamiento sexualizado?

—Documentación inmediata. Notificación a servicios de protección de menores. Evaluación psicológica por profesional independiente.

—¿Y siguió ese protocolo con Nancy?

—Documenté observaciones. Busqué evaluación psicológica.

—¿Pero no notificó a servicios de protección?

—No vi necesidad. Yo estaba manejando situación internamente.

—¿Incluso cuando comportamiento supuestamente incluía avances sexuales explícitos hacia usted?

Erasmo se tensó.

—Situación familiar es diferente. No quería traumatizar a Nancy con proceso de investigación formal.

Patricia escribió algo en sus notas. Lalita reconoció expresión: había detectado inconsistencia significativa.

Lalita presionó siguiente punto:

—Entiendo que llevó a Nancy con Dr. Villegas para evaluación. ¿Cómo seleccionó específicamente a él?

—Es colega respetado. Hemos trabajado juntos en varios casos.

—¿Le pagó directamente por evaluación?

—Eso es entre él y yo.

—¿Pero sí le pagó directamente, sin pasar por seguro o proceso estándar?

—No veo relevancia.

—La relevancia es que pagos directos en casos donde hay conflicto legal pueden crear apariencia de sesgo. ¿Le mencionó a Dr. Villegas su versión de eventos antes de que él evaluara a Nancy?

—Por supuesto. Necesitaba contexto.

—¿Y ese contexto incluyó su interpretación de que Nancy tiene trastorno de personalidad antes de que él llegara a diagnóstico independiente?

Erasmo se inclinó hacia adelante, máscara de razonabilidad comenzando a deslizarse.

—¿Está insinuando que manipulé diagnóstico?

—Estoy preguntando sobre proceso. En mi experiencia, evaluaciones más confiables se realizan sin información previa de partes involucradas, precisamente para evitar confirmación de sesgo.

—Su experiencia es con criminales. Nancy no es criminal. Es chica enferma que necesita ayuda.

—¿Enferma o manipuladora? Porque su testimonio alterna entre describirla como víctima de enfermedad mental y como perpetradora calculada de seducción.

—Puede ser ambas cosas.

—¿Puede adolescente de diecisiete años con supuesto trastorno severo también ser seductora tan sofisticada que engaña a trabajador social experimentado?

Erasmo se levantó abruptamente, perdiendo compostura.

—Esto es ridículo. Vine aquí de buena fe buscando resolver situación. Pero está claro que usted ya decidió que soy culpable. Nancy la convenció con su actuación, igual que intenta convencer a todos.

—Señor Palaciegos, le pido que se siente —dijo el abogado de Nancy firmemente.

—No. Esta reunión terminó. Nancy será internada como ordenó juez. Y cuando finalmente reciba tratamiento que necesita, tal vez algún día me agradezca por no rendirme con ella.

Salió dando portazo.

Elena se quedó, llorando silenciosamente. Patricia le ofreció pañuelos.

—Lo siento —murmuró Elena—. Yo solo... no sé qué creer.

Lalita se sentó junto a ella.

—Elena, ¿Erasmo revisa tu teléfono regularmente?

Elena asintió.

—¿Controla cuánto dinero puedes gastar?

Otro asentimiento.

—¿Te ha convencido de que eres "frágil" o "demasiado sensible"?

—Todo el tiempo.

—Elena, tú también eres víctima. Y necesitas ayuda tanto como Nancy.

Después de que Elena se fue con promesa de comenzar terapia individual, Patricia habló:

—He visto suficiente. Erasmo muestra todos los signos clásicos de abusador: necesidad de control, narrativa de victimización propia, inconsistencias en testimonio, sobrerreacción cuando autoridad es cuestionada.

—¿Estarías dispuesta a testificar sobre eso?

—Absolutamente. Y voy a escribir reporte completo detallando preocupaciones sobre proceso de evaluación de Dr. Villegas.

Lalita salió de reunión con grabación completa, testimonio de trabajadora social independiente, y evidencia de que Erasmo perdía control cuando era desafiado.

Exactamente como Gonzalo había predicho.

Esa noche, sentada en hotel, Lalita escribió:

Observación #4: "Estrategia de Gonzalo funcionó perfectamente. Erasmo sobre reaccionó cuando ego fue cuestionado. Reveló inconsistencias en narrativa. Mostró control sobre Elena. Patricia lo identificó inmediatamente como abusador. Ahora tengo testimonios contaminados documentados, evaluación psiquiátrica cuestionable, y grabación de Erasmo perdiendo compostura. Pero hay problema: para conseguir todo esto, tuve que manipular situación exactamente como Gonzalo me enseñó. Provoqué a Erasmo calculadamente. Usé empatía falsa para hacerlo sentir validado antes de atacar. Presioné puntos vulnerables con precisión quirúrgica. Y funcionó. Demasiado bien. Lo cual me aterra porque significa que aprendí. Puedo pensar como depredador cuando necesito. Y esa capacidad no desaparece después. Se queda. Esperando ser usada nuevamente. Visito a Gonzalo en tres

días para segunda sesión. Parte de mí teme lo que dirá cuando le cuente cuán bien funcionó su estrategia. Porque lo leeré en sus ojos: satisfacción de haber creado versión temporal de sí mismo. Y no sé si esa versión es realmente temporal."

CAPÍTULO 5: "La trampa se cierra"

La llamada llegó a las tres de la mañana.

Lalita despertó con corazón acelerado, sabiendo antes de ver pantalla que eran malas noticias. Solo su padre tenía razón de llamar a esa hora.

—Nancy intentó suicidarse.

Las palabras llegaron sin preámbulo, sin preparación.

Lalita se sentó en cama, procesando mientras adrenalina la despertaba completamente.

—¿Qué pasó?

—La encontraron en baño del hospital hace dos horas. Había roto espejo y estaba usando fragmento para cortarse muñecas. Enfermera entró a tiempo. Heridas no son profundas pero... Lalita, está colapsando.

—¿Dónde está ahora?

—Sala de aislamiento. Sedada. Doctores dicen que esto "confirma" diagnóstico de Dr. Villegas. Que Nancy es peligro para sí misma. Erasmo ya presentó moción de emergencia para internamiento inmediato sin esperar audiencia programada.

—Maldición.

—El juez va a revisar moción mañana a primera hora. Con este incidente... no sé si podemos detenerlo.

Lalita se levantó, comenzando a empacar.

—Voy para allá. Necesito hablar con Nancy.

—Lali, ella no puede recibir visitas. Protocolo de aislamiento después de intento suicida.

—Entonces romperé protocolo. Estaré ahí en tres horas.

Manejó a Puebla con velocidad que rozaba imprudencia, mente corriendo más rápido que auto.

Nancy había resistido durante días. Había mantenido compostura incluso bajo presión devastadora. ¿Qué había cambiado?

Llegó al Hospital San Rafael cuando sol apenas comenzaba a salir. Su padre la esperaba en estacionamiento, ojeroso, devastado.

—Elena está adentro. No ha dejado puerta de sala de aislamiento desde que pasó.

—¿Y Erasmo?

—Estuvo aquí hasta medianoche. Hablando con personal, "preocupado", asegurándose de que todo quedara documentado correctamente. Antes de irse, escuché que le decía a uno de los doctores: "Esto era inevitable. Solo espero que ahora reciba ayuda que necesita antes de que sea demasiado tarde."

Lalita sintió furia fría.

—Él orquestó esto.

—¿Qué quieres decir?

—Nancy no es suicida. He evaluado cientos de casos. Sé reconocer ideación genuina versus acto desesperado inducido por circunstancias. Algo la empujó a este punto. Y apuesto que Erasmo sabe exactamente qué fue.

Entraron al hospital. Lalita identificó al supervisor de turno, hombre de unos cuarenta años con expresión de quien había trabajado doble turno.

—Necesito ver a Nancy Thompson.

—No hay visitas permitidas en sala de aislamiento.

—Soy psicóloga forense evaluando su caso. Tengo derecho legal de evaluarla.

—No durante protocolo de emergencia. Después de 48 horas de observación, puede solicitar acceso formalmente.

—Para entonces será demasiado tarde. Hay audiencia judicial mañana que determinará su internamiento permanente. Necesito evaluarla ahora.

—Lo siento. Reglas son reglas.

Elena apareció, rostro hinchado de llorar.

—Por favor. Déjela verla. Nancy sigue pidiendo por ella. Dice que solo hablará con su hermana.

El supervisor titubeó.

—¿Hermana? Expediente no menciona hermana.

—Media hermana —corrigió Lalita—. Es complicación familiar. Pero Nancy confía en mí. Y claramente necesita alguien en quien confíe ahora mismo.

Después de minuto de consideración y consulta rápida con superior, supervisor accedió.

—Quince minutos. Con guardia presente en puerta.

La sala de aislamiento era espacio pequeño, paredes acolchadas, sin objetos que pudieran ser usados para autolesión. Nancy estaba en cama estrecha, muñecas vendadas, conectada a monitor que registraba signos vitales.

Estaba despierta. Mirando techo con ojos vacíos.

—¿Nancy? —Lalita entró lentamente, sin movimientos bruscos.

Nancy volvió cabeza. Cuando vio a Lalita, algo en su expresión se quebró. Lágrimas comenzaron a caer silenciosamente.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Lalita se sentó en silla junto a cama, tomando mano vendada de Nancy con cuidado.

—No tienes por qué disculparte. Solo cuéntame qué pasó.

—Yo... no sé. Todo se volvió demasiado. Las drogas que me están dando me hacen sentir confusa todo el tiempo. No puedo pensar claramente. Y después, anoche, Erasmo vino.

—¿Erasmo estuvo aquí?

—Sí. Después de horario de visitas. No sé cómo consiguió permiso. Entró a mi habitación cuando enfermera no estaba. Se sentó en mi cama. Me dijo...

Su voz se quebró completamente.

—¿Qué te dijo, Nancy?

—Que yo había ganado. Que él se estaba "rindiendo". Que mañana firmaría papeles aceptando mi versión de eventos si yo prometía no proceder con cargos criminales.

Lalita sintió alarma inmediata.

—¿Y tú qué dijiste?

—Que quería creerle pero que no confiaba en él. Y entonces él... cambió. Su expresión se volvió fría. Me dijo: "Eres más inteligente de lo que pensaba. Pero no lo suficiente." Y me mostró su teléfono.

—¿Qué te mostró?

—Fotografías. De mí durmiendo. En mi habitación. En casa. Tomadas durante meses. Ángulos que solo podrían haber sido tomados si él había estado ahí, observándome mientras dormía. Y videos. De él entrando a mi habitación en medio de la noche. Solo observando. No haciendo nada, solo... mirando.

Lalita sintió náusea.

—¿Por qué te mostró eso?

—Para demostrar que nunca estuve a salvo. Que él siempre tuvo acceso. Que podría haberme lastimado en cualquier momento y elegí no hacerlo. Me dijo: "Mañana, juez va a internar te permanentemente. Vas a pasar años en institución. Y cuando finalmente salgas, si es que sales, todos sabrán que estuviste loca. Nadie te va a creer sobre nada nunca más. Tu vida terminó. Y yo gané."

Las lágrimas de Nancy se convirtieron en sollozos.

—Y entonces se fue. Y me quedé ahí, en esa habitación, sabiendo que tenía razón. Que no importaba lo que tú hicieras, lo que mamá dijera, lo que evidencia mostrara. Él había construido caso perfecto. Y yo... yo solo quería que parara. Quería que todo parara.

—Por eso rompiste el espejo.

—No quería morir. Solo quería... no sé. Sentir algo que yo controlara. Aunque fuera dolor.

Lalita entendió inmediatamente: no era intento suicida genuino. Era acto de desesperación de alguien a quien habían quitado toda agencia, todo control sobre su propia vida.

Pero sistema no vería diferencia. Y Erasmo lo sabía.

—Nancy, mírame. Esto no terminó. Erasmo te manipuló anoche específicamente para provocar este colapso. Sabía que si te rompías ahora, justo antes de audiencia, sería evidencia perfecta de que estás "inestable".

—¿Entonces jugué directo en sus manos?

—Jugaste en manos de alguien que lleva meses manipulándote sistemáticamente. No es tu culpa. Pero ahora necesito que seas fuerte un día más. Solo un día. ¿Puedes hacer eso?

Nancy cerró ojos, agotada.

—No sé si puedo.

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Entonces créeme cuando te digo: voy a detenerlo. Pero necesito que resistas. Sin más incidentes. Sin darle más munición. ¿De acuerdo?

Nancy asintió débilmente.

—De acuerdo.

Lalita salió de sala de aislamiento con mente corriendo. Erasmo había escalado. Había visitado a Nancy fuera de protocolo, la había aterrado deliberadamente, y había calculado perfectamente timing para maximizar daño.

Era movimiento desesperado. Exactamente lo que Gonzalo había predicho.

Pero también era efectivo.

Necesitaba ajustar estrategia. Necesita contramedida para lo que Erasmo acababa de hacer.

Necesitaba segunda sesión con Gonzalo.

Manejó de regreso a Ciudad de México, directo al Reclusorio Norte. Llegó sin cita programada, pero administración confirmó que Gonzalo aceptaría visita.

Por supuesto que aceptaría.

Lo llevaron a misma sala privada. Gonzalo entró con expresión de genuina curiosidad.

—Dos visitas en cuatro días. Debe ser emergencia.

—Nancy intentó suicidarse anoche. O más precisamente, Erasmo la manipuló hasta punto de colapso y ella se autolesionó como resultado.

Gonzalo se sentó, procesando información.

—Cuéntame exactamente qué pasó.

Lalita relató encuentro de Erasmo con Nancy, las fotografías, las amenazas implícitas, el resultado.

Cuando terminó, Gonzalo asintió lentamente.

—Brillante. Despiadado, pero brillante. Erasmo entendió que tu estrategia estaba funcionando. Testimonio cuestionado, evaluación comprometida, narrativa derrumbándose. Entonces hizo movimiento preventivo: crear evidencia nueva que sobrepasara todo lo demás.

—¿Cómo detengo eso?

—No puedes deshacer lo que pasó. Autolesión de Nancy es real, documentada, y será usada en audiencia. Pero puedes recontextualizar.

—¿Cómo?

—Exponiendo visita de Erasmo. ¿Hospital tiene registro de que él estuvo ahí fuera de horario de visitas?

—No lo sé. Pero puedo averiguar.

—Hazlo. Si entró sin autorización formal, es violación de protocolo. Si mintió sobre razón de visita, es manipulación documentable. Y si Nancy testifica sobre lo que él dijo y mostró, es evidencia de intimidación intencional.

—¿Pero creerán testimonio de chica que acaba de autolesionarse?

—No si es solo su palabra. Pero si correlacionas con registro de entrada, con testimonio de personal que lo vio, con patrón establecido de control que ya documentaste con Elena... entonces se convierte en pieza más de rompecabezas coherente.

Lalita tomó notas rápidamente.

—¿Y las fotografías que le mostró? ¿Los videos de él entrando a su habitación?

—Esos son oro. Evidencia directa de conducta depredadora. Necesitas su teléfono.

—¿Cómo consigo teléfono de Erasmo?

Gonzalo sonrió con algo parecido a admiración profesional.

—No necesitas teléfono físico. Necesitas orden judicial para revisar su teléfono basada en testimonio de Nancy de que contiene evidencia de

vigilancia no consentida de menor. Con tu documentación de patrón de control, juez debería autorizar.

—Audiencia es mañana. No hay tiempo para proceso completo.

—Entonces no pides orden para revisar. Pides orden de preservación de evidencia. Mucho más rápido. Argumentas que existe riesgo inminente de que Erasmo destruya evidencia digital de vigilancia. Juez puede ordenar que teléfono sea confiscado inmediatamente hasta que revisión formal sea autorizada.

Lalita procesó estrategia. Era arriesgada pero posible.

—¿Y si no hay nada en teléfono?

—Entonces perdiste la partida. Pero dado que Nancy describe fotografías y videos específicos que ella no podría haber inventado... probabilidad es alta de que evidencia exista.

—A menos que ya la borró.

—Hombres como Erasmo no borran trofeos. Especialmente si no saben que víctima los mencionó a alguien. Nancy te contó esta mañana. Erasmo probablemente asume que ella está demasiado rota para hablar coherentemente.

Era lógica sólida. Escalofriante, pero sólida.

—¿Algo más que debería saber?

Gonzalo la estudió con intensidad inusual.

—Sí. Algo importante. Erasmo cruzó línea anoche. Hasta ese momento, toda su estrategia fue preventiva: construir caso, controlar narrativa, usar sistema. Pero visitar a Nancy específicamente para aterrarla es acción ofensiva. Acto de desesperación.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que está asustado. Tu estrategia está funcionando mejor de lo que él anticipó. Y hombres asustados cometen errores. Pero también se vuelven más peligrosos. Erasmo hasta ahora operó dentro de límites legales, aunque manipulándolos. Pero ahora está dispuesto a romper reglas directamente.

—¿Estás diciendo que Nancy está en peligro físico?

—Estoy diciendo que Erasmo está en modo de supervivencia. Y supervivencia hace que personas tomen decisiones que normalmente no tomarían. Mantén a Nancy bajo observación constante. No permitas que Erasmo tenga acceso nuevamente bajo ninguna circunstancia.

Lalita sintió frío recorrer espalda.

—Él no la lastimaría físicamente. Eso arruinaría toda su narrativa de padre preocupado.

—Normalmente sí. Pero si siente que va a perder de todas formas... algunas personas prefieren destruir lo que no pueden controlar. No estoy

diciendo que lo hará. Solo que posibilidad existe y debes proteger contra ella.

Era consideración que Lalita no había contemplado. Y odiaba que Gonzalo tuviera razón en señalarla.

—¿Alguna vez consideraste lastimar físicamente a Valeria antes de matarla?

Pregunta salió sin filtro.

Gonzalo no pareció ofendido. Solo consideró respuesta honestamente.

—No. Porque violencia física no era mi estilo. Pero también porque nunca sentí desesperación. Todo estaba calculado, controlado. Erasmo no tiene ese lujo. Tú lo acorralaste más rápido de lo que esperaba. Y animales acorralados muerden.

—No voy a dejar que la lastime.

—Lo sé. Pero mantén guardia. Especialmente si Erasmo se da cuenta de que estás buscando orden para confiscar su teléfono. Ese será momento de mayor peligro.

Lalita asintió, procesando advertencia.

—Gracias.

—No me agradezcas todavía. Todavía hay ocho sesiones más. Y cada una te cambia un poco más.

—¿Notaste cambios en mí?

—Absolutamente. Primera sesión, viniste desesperada, defensiva. Hoy vienes calculando, planificando. Ya no estás reaccionando emocionalmente. Estás pensando estratégicamente. Como yo.

—No soy como tú.

—No todavía. Pero línea se vuelve más borrosa cada día, ¿no? Cuando manipulaste a Erasmo en esa reunión, ¿sentiste culpa después?

Lalita no respondió inmediatamente porque respuesta honesta era complicada.

—Sentí incomodidad. Pero también satisfacción de que funcionó.

—Exacto. Y esa satisfacción es peligrosa. Porque te enseña que manipulación es herramienta efectiva. Y herramientas efectivas se vuelven tentadoras de usar más frecuentemente.

—Estoy consciente del peligro.

—¿Lo estás? ¿O estás racionalizando que mientras sea por buena causa, está justificado?

Era pregunta que Lalita había estado evitando hacerse.

—Necesito salvar a Nancy. Si eso requiere usar herramientas que normalmente evitaría, ese es precio que pagaré.

—Esa es exactamente mentalidad que comenzó mi descenso. "Solo esta vez. Solo porque circunstancias lo requieren. Solo porque objetivo lo justifica."

—No soy tú.

—No. Pero estás aprendiendo de mí. Y esa educación tiene costo que no puedes calcular completamente hasta después de que pagaste.

Guardia tocó puerta indicando fin de tiempo.

Gonzalo se levantó.

—Una última cosa antes de que te vayas.

—¿Qué?

—Cuando todo termine, cuando Nancy esté a salvo y Erasmo esté en prisión... vas a tener que decidir qué hacer con conocimiento que adquiriste. Si lo guardas como herramienta que usas solo en casos extremos, o si se convierte en forma predeterminada de ver todas interacciones humanas. Esa elección determinará si sobreviviste a este proceso o fuiste transformada permanentemente por él.

Lo esposaron y escoltaron fuera.

Lalita se quedó en sala, procesando conversación.

Gonzalo tenía razón sobre algo: había cambiado. Pensaba diferente, planificaba diferente, veía interacciones humanas diferente.

Y no estaba segura de que podría revertir esos cambios después.

Pero primero necesitaba asegurar que Nancy sobreviviera mañana.

Llamó al abogado de Nancy desde estacionamiento.

—Necesito moción de emergencia presentada esta tarde. Orden de preservación de evidencia digital. Específicamente teléfono celular de Erasmo Palaciegos.

—¿Basada en qué?

—Testimonio de Nancy de que contiene fotografías y videos de vigilancia no consentida. Y patrón documentado de comportamiento controlador.

—Es arriesgado. Si juez niega, alertamos a Erasmo de que sospechamos.

—Y si no lo hacemos, él destruye evidencia. Prefiero arriesgar que perder.

—De acuerdo. Prepararé moción y la presentaré en dos horas.

Siguiente llamada fue a administración del hospital.

—Necesito registro completo de visitantes de Nancy Thompson de las últimas 24 horas. Incluyendo cualquier acceso fuera de horario estándar.

—Esa información es confidencial.

—Tengo autorización legal como psicóloga evaluadora de caso. Y si descubro que permitieron acceso no autorizado a paciente vulnerable, habrá consecuencias administrativas serias.

Tono cambió inmediatamente.

—Revisaré registros y le llamaré en una hora.

La llamada llegó cuarenta minutos después. Confirmación de lo que Lalita sospechaba:

Erasmo había firmado entrada a las 10:47 PM, fuera de horario de visitas, clasificando visita como "emergencia familiar". Guardia de turno que autorizó entrada era conocido suyo de grupo de iglesia.

Evidencia documentada de acceso irregular.

Todo estaba cayendo en lugar.

Pero Lalita no sentía victoria. Solo cansancio profundo y reconocimiento escalofriante de que para llegar aquí, había usado exactamente tipo de manipulación que Gonzalo le había enseñado.

Y había funcionado tan bien que le asustaba.

Esa noche escribió:

Observación #5: "Nancy intentó suicidarse. O más precisamente, Erasmo la manipuló hasta colapso. Segunda sesión con Gonzalo me dio estrategia: exponer visita nocturna, conseguir orden para confiscar teléfono con evidencia de vigilancia, recontextualizar autolesión como resultado de intimidación sistemática. Todo está en movimiento para audiencia mañana. Pero Gonzalo me advirtió algo: Erasmo está en modo de supervivencia ahora. Y eso lo hace impredecible. Necesito proteger a Nancy no solo legalmente sino físicamente. Y también me advirtió sobre mí misma. Preguntó si sentí culpa después de manipular a Erasmo. Respuesta honesta: no mucha. Y eso debería preocuparme. Pero estoy demasiado enfocada en ganar para procesar qué significa. Gonzalo dijo que estoy pensando como él. Que línea entre nosotros se vuelve más borrosa cada día. Quiero negarlo. Pero cuando reviso estrategias que implementé, cuando analizo cómo manipulé a testigos para conseguir información, cuando reconozco satisfacción que sentí al ver a Erasmo perder control... no puedo negar completamente que aprendí de monstruo. Y ese aprendizaje no desaparece después. Se queda. Esperando ser usado. Audiencia es mañana. Nancy será salva o perdida. Pero sin importar resultado, yo ya cambié. Solo espero que cambio sea reversible. Aunque cada vez lo dudo más."

CAPÍTULO 6: "La confrontación"

La audiencia judicial estaba programada para las diez de la mañana.

Lalita llegó al juzgado dos horas antes para asegurar que cada pieza de evidencia estuviera en orden. El abogado de Nancy, Lic. Javier Mendoza, la recibió con expresión tensa.

—Conseguimos orden de preservación de evidencia. Juez autorizó confiscación inmediata del teléfono de Erasmo. Pero hay problema.

—¿Qué problema?

—Erasmo alega que "perdió" su teléfono ayer. Presentó reporte de extravío a policía hace exactamente tres horas. Justo después de que moción fue presentada.

Lalita sintió furia fría.

—Por supuesto que lo hizo. ¿Juez creyó esa coincidencia conveniente?

—Juez está escéptico pero no puede ordenar confiscación de objeto que supuestamente no existe. Sin embargo, ordenó que si teléfono "aparece", debe ser entregado inmediatamente. Y autorizó que testimonio de Nancy sobre contenido sea admitido.

—¿Es suficiente?

—Depende de qué tan convincente sea Nancy en estrado. Y de cuánto daño haga su intento de suicidio a credibilidad.

Lalita miró hacia sala de espera donde Nancy estaba sentada con Elena. Nancy vestía ropa formal que Elena había traído: falda oscura, blusa blanca, suéter. Intentaba parecer cuerda, estable, confiable. Pero ojeras profundas y vendajes visibles en muñecas contaban historia diferente.

—¿Cómo está? —preguntó Javier.

—Aterrada. Pero lúcida. Solo necesitamos que juez la vea como víctima de manipulación, no como paciente psiquiátrica.

—Eso dependerá mucho de cómo Erasmo y su abogado presenten las cosas.

A las diez en punto, fueron llamados a sala. Era audiencia preliminar, no juicio completo, pero sería determinante. Juez decidiría si Nancy sería internada inmediatamente o si caso procedería a investigación más extensa.

El Juez Armando Gutiérrez era hombre de unos sesenta años, expresión de quien había visto demasiadas familias destruidas en su sala. Serio pero no antipático. Y, críticamente, no era el juez original amigo de Erasmo. Ese había sido recusado exitosamente por Javier debido a conflicto de intereses obvio.

Erasmo estaba sentado en mesa opuesta con su abogado, Lic. Fernando Aguirre, litigante caro conocido por defender casos difíciles con agresividad calculada.

Cuando Lalita entró, Erasmo la miró directamente. Por fracción de segundo, máscara cayó completamente. Expresión de odio puro. Y

entonces volvió a compostura: padre preocupado asistiendo dolorosamente a procedimiento legal sobre hijastra que amaba.

La transformación fue instantánea y perfecta.

Y absolutamente aterradora.

El juez abrió sesión.

—Estamos aquí para determinar si Nancy Thompson debe ser internada bajo custodia psiquiátrica mientras evaluación completa se realiza, o si debe ser liberada a custodia familiar con supervisión. Fiscal, presente su caso.

No había fiscal formal porque no era procedimiento criminal todavía. Pero abogado de Erasmo actuaba efectivamente como acusador.

Aguirre se levantó con confianza que venía de tener aparentemente evidencia sólida.

—Su señoría, este es caso trágico de adolescente con trastorno mental severo que está siendo manipulada por familia que rehúsa aceptar realidad de su condición. Nancy Thompson tiene diagnóstico confirmado de trastorno de personalidad límite con rasgos narcisistas. Ha demostrado comportamiento errático, mentiras compulsivas, y hace dos noches intentó suicidarse mientras estaba bajo observación médica.

Hizo pausa dramática.

—Mi cliente, Erasmo Palaciegos, ha intentado conseguir ayuda para Nancy durante meses. Pero en lugar de gratitud, fue acusado falsamente de abuso. Acusación que investigación preliminar no encontró evidencia de sustentar. Mientras tanto, Nancy continúa deteriorándose. Y su familia, influenciada por psicóloga contratada que tiene conflicto de interés, está bloqueando tratamiento que ella desesperadamente necesita.

—¿Conflicto de interés? —preguntó el juez mirando a Lalita.

—La psicóloga Eulalia Thompson es media hermana de Nancy. Parentesco que fue ocultado hasta recientemente. Su objetividad está comprometida por conexión familiar.

Lalita no se había esperado ese ataque. Javier se levantó inmediatamente.

—Su señoría, relación familiar de la psicóloga Thompson fue revelada a todas partes relevantes desde inicio. Y no invalida sus credenciales profesionales ni sus observaciones clínicas.

—Notado —dijo el juez—. Pero es consideración válida. Psicóloga Thompson, ¿confirmó que Nancy es su media hermana?

—Es correcto, su señoría. Descubrí esto hace una semana. Pero mi evaluación profesional se basa en evidencia clínica, no en vínculos familiares.

—Procederemos considerando ambos factores. Continúe, Licenciado Aguirre.

Aguirre presentó su caso sistemáticamente: diagnóstico del Dr. Villegas, testimonios de vecinos sobre comportamiento errático de Nancy, reportes escolares tergiversados, y finalmente, intento de suicidio reciente.

—Intento de suicidio es evidencia más clara de que Nancy es peligro para sí misma. Requiere internamiento inmediato no como castigo, sino como protección. Mi cliente solo quiere que reciba ayuda antes de que sea demasiado tarde.

Cuando terminó, Javier se levantó.

—Su señoría, con permiso, voy a demostrar que todo lo que acaba de escuchar es narrativa cuidadosamente construida por hombre que abusó de su posición de autoridad, y cuando fue confrontado, utilizó sistema médico y legal como arma contra su víctima.

Comenzó con testimonios: llamó a cada vecino que Lalita había entrevistado. Bajo cuestionamiento, todos admitieron que sus observaciones habían sido influenciadas por conversaciones previas con Erasmo. Que no habían presenciado directamente mayoría de comportamientos que reportaron. Que Erasmo había "ayudado" a enmarcar sus testimonios.

Después llamó a Patricia Ruiz, la trabajadora social independiente.

—Señora Ruiz, usted estuvo presente en reunión de mediación con Erasmo Palaciegos. ¿Cuál fue su evaluación profesional de la situación?

—Erasmo exhibió múltiples señales de comportamiento abusivo controlador: necesidad de controlar narrativa, victimización de sí mismo, inconsistencias en testimonio, y sobrerreacción desproporcionada cuando autoridad fue cuestionada.

—¿Y su evaluación de Nancy?

—Nancy presenta síntomas consistentes con víctima de abuso psicológico prolongado: hipervigilancia, dificultad confiando en adultos en posición de autoridad, pero también lucidez y consistencia en su narrativa central. No vi evidencia de trastorno de personalidad como diagnosticó Dr. Villegas.

—¿Cuál es su opinión profesional sobre diagnóstico del Dr. Villegas?

—Que fue apresurado, basado en información parcial, y posiblemente influenciado por relación profesional con Erasmo.

Aguirre objetó vigorosamente pero testimonio ya había sido registrado.

Javier después introdujo grabación de reunión de mediación. El juez escuchó atentamente mientras Erasmo perdía compostura, revelaba inconsistencias, y finalmente salía furioso.

—Su señoría, esto no es comportamiento de padre preocupado. Es comportamiento de hombre cuya narrativa está siendo desmantelada y que no puede tolerar pérdida de control.

Después vino evidencia sobre visita nocturna de Erasmo a Nancy.

—Hospital confirma que Erasmo Palaciegos entró a habitación de Nancy a las 10:47 PM, fuera de horario de visitas, usando conexión personal con guardia para obtener acceso. Nancy testificará sobre lo que ocurrió durante esa visita. Pero primero, quiero establecer patrón.

Llamó a Elena al estrado.

Elena estaba visiblemente nerviosa, pero cuando juró decir verdad, algo en su postura se fortaleció. Como si finalmente tener permiso de hablar la liberara.

—Señora Martínez, ¿su esposo Erasmo controla sus finanzas?

—Sí. Desde que nos casamos, él maneja todo el dinero. Dice que es "por eficiencia" pero yo tengo que pedirle permiso para cualquier gasto más allá de supermercado básico.

—¿Revisa su teléfono?

—Regularmente. Dice que es porque me ama y quiere asegurar que esté segura.

—¿Alguna vez la ha convencido de que usted es "demasiado sensible" o "frágil"?

—Constantemente. Cuando intenté defender a Nancy inicialmente, me dijo que yo estaba "proyectando mis propios problemas de autoestima" en situación. Que mi juicio estaba nublado por mi "tendencia a la ansiedad".

—¿Usted tiene diagnóstico clínico de ansiedad?

—No. Pero Erasmo me convenció de que debería considerar medicación. Incluso me llevó con su amigo psiquiatra, el Dr. Villegas.

Murmullo recorrió sala. El juez tomó nota.

—¿Y qué pasó en esa consulta?

—Dr. Villegas me prescribió ansiolíticos después de sesión de treinta minutos. Erasmo estaba presente durante toda evaluación, "ayudando" a explicar mis "síntomas".

—¿Tomó la medicación?

—Durante dos meses. Me hacía sentir confusa, distante. Cuando intenté dejar de tomarla, Erasmo se enojó. Dijo que estaba "saboteando mi propia salud mental".

—¿Actualmente toma medicación?

—No. Dejé de tomarla hace tres semanas, contra deseos de Erasmo. Y por primera vez en meses, puedo pensar claramente de nuevo.

Aguirre intentó desacreditar testimonio de Elena argumentando que estaba "bajo influencia" de su hija y nueva familia. Pero daño estaba hecho: patrón de control medicalizando objeciones estaba establecido.

Finalmente, llegó momento para Nancy.

La llamaron al estrado. Caminó lentamente, vendajes en muñecas visibles. Se sentó, juró decir verdad con voz que temblaba pero no se quebraba.

Javier fue gentil en interrogatorio directo.

—Nancy, cuéntale al juez qué pasó la noche del 15 de marzo. La noche que presentaste acusación contra Erasmo.

Nancy respiró profundo.

—Mamá estaba en retiro de iglesia. Erasmo llegó borracho. Entró a mi habitación alrededor de las dos de la mañana. Se sentó en mi cama. Me dijo que siempre le había parecido hermosa. Que yo lo provocaba. Intentó tocarme.

—¿Qué hiciste?

—Lo empujé. Le grité que saliera. Amenacé con llamar a policía. Él se rio. Dijo que nadie me creería.

—¿Y qué pasó después?

—Cuando mamá regresó, le conté todo. Fuimos inmediatamente a ministerio público. Presenté denuncia formal.

—¿Y cómo respondió Erasmo?

—Cambió completamente la historia. Dijo que yo había entrado a su habitación. Que yo me había insinuado. Que él me había rechazado apropiadamente y que yo, humillada, inventé versión alternativa.

—¿Es eso cierto?

—No. Yo nunca entré a su habitación. Él entró a la mía. Y lo que hizo fue abuso.

Aguirre se levantó para contrainterrogatorio con expresión de quien estaba a punto de destruir testigo.

—Señorita Thompson, ¿es cierto que intentó suicidarse hace dos noches?

—Intenté autolesionarme. No es lo mismo.

—¿Cuál es diferencia?

—Suicidio es querer morir. Yo solo quería... sentir algo que pudiera controlar. Después de que Erasmo me visitó.

—Ah, sí. La supuesta visita. ¿Tiene evidencia de que mi cliente la amenazó?

—Él me mostró fotografías en su teléfono. De mí durmiendo. Tomadas durante meses sin mi conocimiento.

—Teléfono que convenientemente mi cliente "perdió" y que nadie más ha visto.

—Porque él lo destruyó cuando supo que íbamos a pedir orden para revisarlo.

—¿O porque nunca existió? ¿Porque es otra fantasía como su acusación original?

—No es fantasía. Todo pasó exactamente como dije.

—¿Como cuando escribió en su diario sobre fantasías sexuales con mi cliente?

—Él me hizo escribir eso. Dijo que era ejercicio terapéutico.

—¿Entonces cada vez que evidencia lo contradice, tiene excusa conveniente?

—¡No son excusas! ¡Es lo que pasó!

Voz de Nancy se elevó, emoción finalmente quebrando compostura.

—¡Él abusó de su posición! ¡Me manipuló! ¡Y cuando lo denuncié, usó sistema completo para hacerme ver como loca!

—¿O es posible —dijo Aguirre con tono paternalista devastador— que usted realmente tiene problemas que necesitan tratamiento, y que todos estamos aquí porque se rehúsa a aceptar ayuda?

Nancy rompió en llanto.

El juez llamó receso.

Durante descanso, Lalita encontró a Nancy en baño, lavándose cara.

—Lo arruiné, ¿verdad? Perdí control.

—No lo arruinaste. Mostraste emoción genuina. Eso puede ser bueno.

—No me sentí genuina. Me sentí manipulada. Como si él estuviera controlando cómo reacciono incluso desde distancia.

Lalita entendió perfectamente ese sentimiento.

Cuando audiencia se reanudó, Javier llamó su testigo final: Lalita.

—Psicóloga Thompson, después de evaluar este caso exhaustivamente, ¿cuál es su opinión profesional sobre salud mental de Nancy?

—Nancy no tiene trastorno de personalidad límite. Tiene respuestas psicológicas normales a abuso sostenido. Su "comportamiento errático" es hipervigilancia. Sus "mentiras" son autoprotección. Su intento de autolesión fue respuesta a intimidación calculada, no evidencia de patología subyacente.

—¿Y su evaluación de Erasmo Palaciegos?

—Erasmo exhibe patrón consistente con abusador de control: aísla víctima, mina credibilidad, usa autoridad institucional como arma. Cuando Nancy lo confrontó, él no solo negó abuso. Construyó narrativa

completa donde ella era agresora y él era víctima. Es gaslighting de manual.

—¿Cree que Nancy debe ser internada?

—Absolutamente no. Internarla sería completar exactamente lo que Erasmo quiere: silenciarla mediante diagnóstico médico que invalida su testimonio permanentemente.

Aguirre fue brutal en contrainterrogatorio.

—Psicóloga Thompson, ¿es cierto que hace seis meses usted misma estuvo en tratamiento psicológico después de caso traumático?

Lalita no esperaba ese ataque.

—Es cierto. Después de caso particularmente difícil, busqué terapia. Es práctica estándar recomendada para profesionales de salud mental.

—¿Caso de Gonzalo Iñiguez? ¿El asesino serial que casi la destruye psicológicamente?

—Él no era asesino serial. Y yo completé tratamiento exitosamente.

—¿Pero fue suficientemente traumático que consideró retirarse de psicología forense completamente?

—Consideré varias opciones profesionales. Eso no invalida mi competencia.

—¿Y no es cierto que su padre —quien también es padre de Nancy— la manipuló para que tomara este caso específicamente explotando su culpa sobre hermana que nunca conoció?

Lalita sintió furia crecer.

—Mi padre me informó de situación. Yo tomé decisión profesional de involucrarme basada en evidencia de abuso.

—¿O tomó decisión emocional basada en vínculos familiares recién descubiertos y necesidad psicológica de "rescatar" alguien después de fallar en rescatar víctimas en caso anterior?

—Objeción —gritó Javier—. Esto no es relevante a competencia de Nancy.

—Su señoría, es totalmente relevante —argumentó Aguirre—. Testigo experta tiene conflictos múltiples: conexión familiar, trauma profesional reciente, y aparente necesidad psicológica de validar su propia recuperación mediante "victoria" en este caso.

El juez consideró.

—Objeción parcialmente sostenida. Licenciado Aguirre, limítese a cuestionamiento sobre metodología de evaluación. Ataques a salud mental personal de testigo son inapropiados.

Pero daño estaba hecho. Lalita vio duda en expresión del juez.

Después de que todos testimonios fueron presentados, juez llamó receso final para deliberar.

Una hora después, regresó con decisión.

—Este es caso complejo con evidencia conflictiva. Por un lado, tenemos diagnóstico formal de Dr. Villegas e intento de autolesión reciente. Por otro, tenemos patrón preocupante de posible abuso y control por parte de figura de autoridad.

Hizo pausa larga.

—No estoy preparado para ordenar internamiento psiquiátrico permanente basándome en evidencia actual. Sin embargo, tampoco estoy convencido de que Nancy esté completamente segura.

Lalita sintió esperanza mezclada con terror sobre lo que vendría después.

—Por lo tanto, ordeno lo siguiente: Nancy Thompson será liberada a custodia de su madre, Elena Martínez, bajo supervisión de servicios sociales. Erasmo Palaciegos no tendrá contacto con Nancy hasta que investigación independiente sobre acusaciones de abuso sea completada. Esta investigación será conducida por agencia estatal, no por asociados de ninguna de las partes.

Golpeó martillo.

—Adicionalmente, ordeno evaluación psicológica independiente de Nancy por panel de tres profesionales sin conexión previa a ninguna parte. Si todos tres concluyen diagnóstico de trastorno severo, consideraré internamiento. Si no, caso de internamiento será desestimado permanentemente.

—Audiencia levantada.

Era victoria parcial. Nancy no sería internada inmediatamente. Pero tampoco estaba completamente libre.

Afuera de sala, Nancy abrazó a Lalita.

—Gracias. Gracias por salvarme.

—Todavía no terminamos. Pero resististe. Estoy orgullosa de ti.

Erasmo pasó junto a ellas camino a salida. Se detuvo, mirando directamente a Lalita.

—Esto no terminó —dijo en voz baja que solo ellas podían escuchar—. Nancy eventualmente revelará lo que realmente es. Y cuando lo haga, usted tendrá que vivir sabiendo que ayudó a monstruo.

—El único monstruo aquí es usted. Y eventualmente todos lo verán.

Él sonrió con expresión que era puro hielo.

—Veremos.

Esa noche, en hotel, Lalita escribió:

Observación #6: "Victoria parcial. Nancy libre pero bajo supervisión. Erasmo sin contacto permitido pero no arrestado. Investigación independiente ordenada. Panel de evaluación programado. Es mejor resultado que internamiento inmediato pero no es justicia completa. Aguirre me atacó personalmente en estrado. Cuestionó mi objetividad, mi trauma de caso Gonzalo, mi conexión familiar. Y funcionó. Vi duda en ojos del juez. Erasmo me amenazó después. Dijo que Nancy es verdadero monstruo. Está plantando semilla de duda final. ¿Y si me equivoco? ¿Y si mi necesidad de salvar a Nancy me cegó a posibilidad de que Erasmo tenga razón? No. No puedo permitir esa duda. Vi evidencia. Documenté patrón. Nancy es víctima. Pero Gonzalo me enseñó que todos somos capaces de autoengaño. Que vemos lo que necesitamos ver. ¿Y si estoy viendo lo que necesito ver para validar mi propia recuperación? Visito a Gonzalo en tres días para tercera sesión. Parte de mí teme que él va a señalar exactamente estas dudas. Que va a decirnos cómo mi necesidad emocional comprometió mi juicio profesional. Y no sé si podré argumentar contra eso. Porque parte de mí se pregunta si tiene razón."

CAPÍTULO 7: "Victoria amarga"

Las siguientes tres semanas fueron torbellino de evaluaciones, investigaciones, y sesiones con Gonzalo que se entrelazaban en espiral cada vez más apretada.

La tercera sesión llegó cuatro días después de la audiencia.

Lalita entró a sala de visitas del reclusorio esperando que Gonzalo celebrara victoria parcial. En lugar de eso, lo encontró inusualmente serio.

—Leí sobre audiencia. Nancy libre pero bajo supervisión. Erasmo sin contacto pero no arrestado. ¿Cómo lo sientes?

—Como victoria incompleta. Como si hubiera detenido hemorragia pero herida todavía está abierta.

—Porque lo está. Erasmo no va a rendirse. Y ahora sabe exactamente cuán efectiva eres. Eso lo hace más peligroso.

—Me amenazó después de audiencia. Dijo que Nancy es verdadero monstruo.

—¿Y una parte de ti se preguntó si tiene razón?

Lalita no respondió inmediatamente porque respuesta era complicada.

—Una parte muy pequeña. En momentos de duda a las tres de la mañana. Pero después reviso evidencia y sé que Nancy es víctima.

—¿O sabes que necesitas que sea víctima?

—¿Qué significa eso?

Gonzalo se inclinó hacia adelante.

—Significa que rescatar a Nancy también te rescata a ti. Demuestra que trauma del caso conmigo no te rompió permanentemente. Que todavía puedes hacer trabajo. Que todavía eres buena en esto. Si Nancy es víctima y la salvas, valida tu recuperación. Pero si te equivocaste sobre ella...

—No me equivoqué.

—Probablemente no. Pero la duda existe porque tu inversión emocional es tan alta que dificulta objetividad absoluta. Y Erasmo lo sabe. Por eso plantó esa semilla en tu cabeza.

Lalita odiaba que tuviera razón.

—¿Entonces qué hago? ¿Cómo diferencio entre juicio profesional genuino y necesidad emocional disfrazada de análisis?

—No puedes. No completamente. Bienvenida a ambigüedad moral. Todos tus casos en psicología forense tendrán esta componente. La diferencia es que ahora eres consciente de ella. Y consciencia es tanto bendición como maldición.

—Gracias, eso es muy útil.

—No vine aquí a ser útil en sentido reconfortante. Vine a ser preciso. Y precisión a veces es incómoda.

Lalita cambió de tema.

—Panel de evaluación es en cinco días. Tres psicólogos independientes evaluarán a Nancy. Si todos concluyen que está sana, caso de internamiento se desestima permanentemente.

—¿Y si uno solo concluye lo contrario?

—Entonces hay audiencia adicional. Pero al menos no es internamiento automático.

—¿Quiénes son los evaluadores?

Lalita sacó lista.

—Dr. Roberto Silva, especialista en trauma adolescente. Dra. Carmen Ibarra, experta en trastornos de personalidad. Y Dr. Martín Esquivel, psiquiatra forense.

Gonzalo estudió nombres.

—¿Alguno tiene conexión con Erasmo?

—No encontramos ninguna. Fueron seleccionados por agencia estatal específicamente para garantizar neutralidad.

—Entonces tu trabajo ahora es preparar a Nancy para ser evaluada correctamente.

—¿Qué significa "correctamente"?

—Significa enseñarle a presentarse como víctima lúcida de abuso, no como adolescente inestable. Nancy tiene tendencia a respuestas

emocionales intensas cuando se siente acorralada. Eso puede ser malinterpretado como inestabilidad emocional característica de trastorno de personalidad.

—Entonces le enseño a controlar respuestas emocionales.

—No. Le enseñas a contextualizar. "Siento ansiedad cuando hablo de esto porque Erasmo me manipuló sistemáticamente." "Tengo dificultad confiando en autoridades porque autoridad abusó de mí." Cada respuesta emocional necesita narrativa clara que la conecte con trauma específico.

—Eso suena como ensayo de testimonio.

—Es preparación de testigo. Hay diferencia. No le estás diciendo qué decir. Le estás enseñando cómo enmarcar verdad de forma que sea comprendida correctamente.

Lalita tomó notas, incomodidad creciendo con cada palabra. Porque Gonzalo tenía razón, pero también estaba describiendo manipulación de percepción. Y línea entre ayudar víctima y manufacturar testimonio era más delgada de lo que le gustaría admitir.

—¿Algo más?

—Sí. Prepárala para que Dra. Ibarra probablemente intentará provocarla. Especialistas en trastornos de personalidad buscan específicamente reactividad emocional desproporcionada. Nancy necesita entender que está siendo probada.

—¿Eso no es decirle que finja?

—Es decirle que sea consciente de cómo será interpretada. Hay diferencia entre fingir emoción que no sientes y modular expresión de emoción genuina. Segunda es simplemente autoconciencia.

La cuarta sesión fue dos días antes del panel de evaluación.

Lalita había pasado esos días trabajando con Nancy, enseñándole exactamente lo que Gonzalo había sugerido. Y funcionaba. Nancy aprendió a contextualizar respuestas, a pausar antes de reaccionar emocionalmente, a enmarcar experiencias de forma que demostrara lucidez bajo trauma.

Pero verla transformarse en testigo más controlada también perturbaba a Lalita. Porque no estaba segura de que estaba ayudando a Nancy o convirtiéndola en versión ensayada de sí misma.

—¿Funciona el ensayo? —preguntó Gonzalo cuando llegó para cuarta sesión.

—Demasiado bien. Nancy ahora suena casi... calculada. Como si hubiera memorizado guion.

—Porque en cierto sentido lo hizo. Pero eso no hace su trauma menos real. Solo hace su presentación más efectiva. ¿Problema con eso?

—Mi problema es que no sé dónde termina ayuda legítima y comienza manipulación.

—No hay línea clara. Toda comunicación humana es manipulación en algún nivel. Terapia es manipulación benevolente. Enseñanza es manipulación educativa. Preparación de testigos es manipulación estratégica. Lo que importa es intención y resultado.

—Eso suena como racionalización.

—O es reconocimiento de realidad incómoda. Que pureza moral absoluta es imposible en mundo donde todos influimos en todos constantemente.

Lalita cerró libreta con frustración.

—Odio cuando tienes razón sobre cosas que no quiero aceptar.

—Lo sé. Es parte de mi encanto.

—No tienes encanto. Tienes inteligencia perturbadora.

—Semántica.

A pesar de tensión, Lalita notó algo: estaba comenzando a disfrutar estas conversaciones. No porque fueran agradables, sino porque eran estimulantes de forma que nada más en su vida era.

Y ese disfrute la aterraba porque significaba que Gonzalo estaba en lo correcto: ella no podía resistir rompecabezas intelectual que él representaba.

El panel de evaluación se llevó a cabo durante dos días.

Primer día: Dr. Silva. Especialista en trauma adolescente, hombre de unos cincuenta años con expresión amable pero ojos que no perdían detalle.

Nancy lo manejó perfectamente. Respondió preguntas con compostura que demostraba lucidez. Explicó trauma sin dramatizar pero sin minimizar. Contextualizó respuestas emocionales exactamente como Gonzalo había enseñado a Lalita que le enseñara.

Al final, Dr. Silva escribió en su reporte preliminar lo que compartiría formalmente después: "Nancy Thompson presenta síntomas consistentes con trastorno de estrés postraumático secundario a abuso psicológico sostenido. No hay evidencia de trastorno de personalidad."

Primera victoria.

Segundo día, primera mitad: Dra. Ibarra. Experta en trastornos de personalidad, mujer de unos cuarenta años con reputación de ser escéptica y exhaustiva.

Exactamente como Gonzalo predijo, intentó provocar a Nancy repetidamente.

—¿No es conveniente que cada vez que alguien cuestiona tu versión, tienes explicación lista?

—No es conveniencia. Es consistencia. Mi historia no cambia porque es verdad.

—¿Pero las personas con trastorno de personalidad límite frecuentemente creen sus propias narrativas distorsionadas.

—¿Y las víctimas de abuso frecuentemente son acusadas de estar locas por sus abusadores?

Nancy mantuvo tono controlado pero firme. Dra. Ibarra la presionó durante dos horas, buscando inconsistencias, reactividad emocional desproporcionada, señales de manipulación.

Nancy resistió todo.

Al final, Dra. Ibarra escribió: "Aunque Nancy presenta algunos rasgos de rigidez cognitiva que pueden ser malinterpretados como narcisismo, evaluación completa no sustenta diagnóstico de trastorno de personalidad. Recomiendo seguimiento terapéutico para TEPT pero no internamiento."

Segunda victoria.

Segundo día, segunda mitad: Dr. Esquivel. Psiquiatra forense, hombre de unos sesenta años, veterano de miles de evaluaciones.

Fue más difícil de leer. Hizo preguntas técnicas sobre síntomas específicos, administró pruebas estandarizadas, revisó historial médico completo.

Nancy mantuvo compostura pero Lalita notó agotamiento creciente. Tres evaluaciones en dos días estaban cobrando precio.

Y entonces Dr. Esquivel hizo pregunta que ninguno de otros había hecho:

—Nancy, ¿alguna vez has mentido sobre algo significativo?

Nancy titubeó. Lalita sintió alarma.

—Cuando tenía catorce años, le dije a mi mamá que había estado en casa de amiga cuando realmente fui a fiesta donde había alcohol. Mentí porque tenía miedo de meterme en problemas.

—¿Alguna vez has exagerado síntomas para conseguir atención?

—Cuando tenía doce años, fingí estar más enferma de lo que estaba para no ir a escuela porque tenía examen para el que no estudié.

—¿Por qué me cuentas estas cosas cuando podrían hacerte ver mal?

—Porque son verdad. Y si miento sobre cosas pequeñas, ¿por qué me creerían sobre cosas grandes? Prefiero ser honesta sobre mis imperfecciones.

Dr. Esquivel asintió, escribiendo extensamente.

Cuando evaluación terminó, Nancy colapsó en brazos de Elena llorando de agotamiento.

La espera por resultados finales tomó tres días que se sintieron como eternidad.

Lalita pasó ese tiempo en sesiones quinta y sexta con Gonzalo, quien parecía cada vez más interesado en estado emocional de ella que en detalles del caso.

Quinta sesión:

—¿Cómo duermes?

—Mal. Pesadillas sobre qué pasa si panel concluye que Nancy necesita internamiento.

—¿Y en esas pesadillas, qué eres tú?

—¿Qué quieres decir?

—¿Eres salvadora que falló o psicóloga que se equivocó?

—Ambas, supongo.

—Interesante que equipares las dos. Como si salvar a Nancy fuera prueba de tu competencia profesional en lugar de objetivo separado.

—¿No es lo mismo?

—No. Puedes ser excelente profesional y aun así fallar en salvar a alguien por circunstancias fuera de tu control. Pero estás fusionándolos porque necesitas que salvar a Nancy valide tu recuperación de trauma que yo causé.

Lalita no respondió porque tenía demasiada razón.

Sexta sesión:

—¿Me extrañas? —preguntó Gonzalo abruptamente.

—¿Qué?

—Entre sesiones. Cuando no estás aquí. ¿Piensas en nuestras conversaciones?

—A veces. Cuando enfrento dilemas éticos y me pregunto qué dirías.

—Entonces me has convertido en voz interna. En consejero mental que consultas cuando necesitas perspectiva amoral.

—Eso suena perturbador.

—Es síntoma de cuánto te he cambiado. No solo aprendiste mis técnicas. Internalizaste mi forma de pensar. Y ahora vive en tu cabeza incluso cuando no estoy presente.

—No quiero que vivas en mi cabeza.

—Demasiado tarde. Ya estoy ahí. Cuestionando cada decisión. Señalando hipocresías. Ofreciendo soluciones que tu moral preferiría rechazar pero tu pragmatismo encuentra tentadoras.

Lalita se levantó para irse antes de que sesión terminara oficialmente.

—Esto fue error. Todas estas sesiones fueron error.

—¿Lo fueron? Nancy todavía está libre. Sin mi ayuda, estaría internada ahora.

—Pero a qué costo para mí.

—Costo que aceptaste voluntariamente. Diez sesiones fue el trato. Todavía faltan cuatro.

—Cambio de opinión. Terminamos aquí.

—No puedes terminar unilateralmente. Trato fue trato. Y tú eres persona de palabra, ¿recuerdo?

Lalita odiaba que usara su propia integridad contra ella.

—Bien. Cuatro sesiones más. Después nunca más.

—Eso dijiste hace tres meses. Y aquí estás.

Finalmente, resultados del panel llegaron.

Los tres evaluadores presentaron reportes al juez simultáneamente.

Dr. Silva: "No trastorno de personalidad. TEPT secundario a abuso."

Dra. Ibarra: "No trastorno de personalidad. Recomiendo terapia pero no internamiento."

Dr. Esquivel: "Evaluación más compleja. Nancy presenta algunos rasgos que requieren monitoreo: tendencia a pensamiento rígido, dificultad modulando respuestas emocionales bajo estrés, historial de mentiras menores. Sin embargo, estos no alcanzan umbral diagnóstico de trastorno. Recomiendo liberación con seguimiento terapéutico obligatorio durante seis meses."

Tres de tres contra internamiento.

El juez dictó resolución final: caso de internamiento psiquiátrico desestimado permanentemente. Nancy libre bajo custodia de madre. Terapia obligatoria durante seis meses. Erasmo prohibido de contacto durante investigación criminal continua sobre acusaciones de abuso.

Era victoria completa.

Pero cuando Lalita escuchó veredicto, no sintió triunfo. Solo agotamiento profundo.

Afuera de juzgado, Nancy la abrazó llorando de alivio.

—Lo lograste. Me salvaste.

—Tú te salvaste. Resististe evaluaciones. Dijiste tu verdad.

—Solo porque tú me preparaste. Me enseñaste cómo presentarme.

Elena se unió al abrazo.

—Gracias. Gracias por darme mi hija de regreso.

El padre de Lalita se mantuvo a distancia, consciente de que su rol en familia seguía siendo complicado. Pero hizo contacto visual con Lalita y asintió con gratitud silenciosa.

Marcela, hermana de Valeria Iñiguez, había asistido a audiencia en solidaridad. Se acercó a Lalita.

—Hiciste por Nancy lo que no pudiste hacer por mi hermana. Eso significa algo.

Lalita sintió nudo en garganta.

—Valeria merecía mejor.

—Todos merecemos mejor. Pero Nancy lo obtuvo gracias a ti. Celebra eso.

Esa noche, sola en hotel, Lalita no celebró.

En lugar de eso, revisó todo lo que había hecho durante caso: testimonios que había citado estratégicamente, reuniones donde había provocado calculadamente, la preparación de Nancy que bordeaba el entrenamiento de testimonio.

Había ganado. Nancy estaba libre. Erasmo estaba siendo investigado criminalmente.

Pero métodos que usó para llegar ahí la hacían sentir sucia.

Escribió observación más larga hasta fecha:

Observación #7: "Nancy está libre. Caso de internamiento desestimado. Victoria completa. ¿Entonces por qué me siento vacía? Porque sé exactamente qué hice para conseguir esto. Aprendí de Gonzalo a pensar como depredador. Usé sus técnicas para manipular situación. Provoqué a Erasmo calculadamente. Preparé a Nancy para evaluaciones de forma que bordeaba manufacturar testimonio. Y funcionó. Perfectamente. Demasiado perfectamente. Nancy está libre porque yo fui efectiva. Pero efectividad vino de usar herramientas que monstruo me enseñó. Y ahora esas herramientas son parte de mi repertorio permanente. Gonzalo dijo algo en sexta sesión que me persigue: que lo he convertido en voz interna. Que consulto su perspectiva incluso cuando no está presente. Y tiene razón. Cuando enfrento dilema ético, primera pregunta que hago es: ¿Qué diría Gonzalo? ¿Cómo lo resolvería él? Y esa pregunta ahora es automática. No elegida. Solo... ahí. Me cambió. No de forma que temía inicialmente, donde perdería empatía completamente. Sino de forma más sutil y quizás más peligrosa: ahora veo utilidad en amoralidad. Entiendo por qué manipulación funciona. Aprecio elegancia de soluciones que ignoran consideraciones éticas. Y aunque elijo no implementarlas mayoría del tiempo, capacidad está ahí. Esperando. Tentando. Todavía faltan cuatro sesiones. Parte de mí quiere cancelarlas. Cortar contacto antes de que daño sea irreparable. Pero otra parte, parte que me aterra admitir, está curiosa sobre qué más aprenderé. Qué más revelará. Qué más me enseñará sobre mí misma. Y esa curiosidad es exactamente lo que Gonzalo cultivó desde primera sesión. Hizo que estudiar oscuridad sea irresistible. No por atracción mórbida, sino por comprensión intelectual. Y ahora no puedo resistir completar

experimento. Incluso sabiendo que completarlo me cambiará permanentemente. Nancy está salva. Pero yo... no estoy segura de qué me salvó de esto. O si realmente quería ser salvada."

CAPÍTULO 8: "El precio del regreso"

Las últimas cuatro sesiones con Gonzalo fueron diferentes.

Ya no había urgencia de caso activo. Nancy estaba a salvo, Erasmo bajo investigación criminal, victoria asegurada. Las sesiones ya no tenían pretexto profesional.

Eran simplemente dos personas en sala, conversando.

Y eso las hacía infinitamente más peligrosas.

La séptima sesión llegó una semana después del veredicto.

Lalita llegó sin agenda, sin preguntas preparadas. Por primera vez, no sabía qué decir.

Gonzalo lo notó inmediatamente.

—Pareces perdida.

—Porque lo estoy. El caso terminó. Nancy está bien. No hay razón estratégica para estar aquí.

—Excepto que prometiste diez sesiones. Y faltan cuatro.

—Sí.

—¿Entonces por qué viniste? ¿Solo por cumplir promesa o porque parte de ti quería venir?

Lalita consideró mentir. Pero con Gonzalo, mentiras siempre parecían inútiles.

—Ambas cosas. Quería cumplir trato. Pero también... también quería entender algo.

—¿Qué?

—Cómo vives con esto. Con ser fundamentalmente diferente. Con entender que nunca sentirás lo que otros sienten. ¿Hay momentos donde desearías ser normal?

Gonzalo se reclinó, considerando pregunta seriamente.

—¿Honestamente? No. Porque no puedo desear algo que nunca experimenté. Es como preguntarle a ciego si desea ver colores. Sin marco de referencia, deseo carece de significado.

—Pero observas emociones en otros. ¿Nunca sientes que te estás perdiendo algo?

—Observo dolor. Veo sufrimiento. Documento culpa, remordimiento, angustia. ¿Por qué desearía experimentar eso?

—Porque también viene con alegría, amor, conexión genuina.

—¿Y esas experiencias positivas compensan negativas?

—Para mí sí. Absolutamente.

—Entonces ahí está diferencia fundamental entre nosotros. Tú preferirías sentir todo, incluso dolor devastador, sobre no sentir nada. Yo prefiero estabilidad emocional absoluta sobre volatilidad de experiencia humana completa.

—¿Pero no te sientes solo?

Pregunta quedó suspendida en aire.

Gonzalo no respondió inmediatamente. Por primera vez en todas sus sesiones, Lalita vio algo parecido a vulnerabilidad cruzar su expresión.

—Sí —admitió finalmente—. Constantemente. Pero soledad que experimento es diferente de la tuya. No es anhelo emocional. Es reconocimiento intelectual de aislamiento permanente. Estoy consciente de que nunca seré entendido completamente. Que siempre seré fundamentalmente otro.

—Pero durante estas sesiones, cuando hablamos, ¿no sientes algo parecido a conexión?

—Siento interés intelectual. Aprecio por tu capacidad de seguir mi razonamiento. Satisfacción cuando entiendes conceptos complejos. ¿Es eso conexión? Tal vez. Es lo más cercano que experimentaré.

—¿Y es suficiente?

—Tiene que serlo. No tengo alternativa.

Lalita sintió algo inesperado: compasión genuina. No por sus crímenes, sino por prisión neurológica que nunca elegiría y nunca podría escapar.

—¿Sabes qué es lo más aterrador? —dijo—. Que puedo sentir compasión por ti incluso sabiendo lo que hiciste.

—No es aterrador. Es humano. Y es señal de que no te convertiste en mí durante este proceso. Porque yo no sentiría compasión por ti si situaciones fueran invertidas.

—¿Qué sentirías?

—Curiosidad científica sobre tu desintegración psicológica. Nada más.

La octava sesión fue más introspectiva.

Gonzalo hizo preguntas sobre infancia de Lalita, sus motivaciones para estudiar psicología, sus miedos más profundos.

—¿Por qué elegiste psicología forense específicamente?

—Quería entender por qué personas hacen cosas terribles.

—¿Y ahora? ¿Después de conocerme, de estudiar a Erasmo, de ver interior de mentes sin empatía?

—Ahora entiendo que a veces no hay razón comprensible. A veces personas simplemente son diferentes neurológicamente. Y esa diferencia produce resultados devastadores.

—¿Eso te satisface intelectualmente?

—No. Porque significa que no siempre hay forma de prevenir daño. Algunas personas van a lastimar a otras sin importar intervención.

—¿Y eso te hace cuestionar valor de tu trabajo?

Lalita no había articulado ese pensamiento conscientemente hasta ese momento. Pero Gonzalo acababa de nombrar duda que había estado creciendo.

—Sí. Si no puedo cambiar comportamiento de personas como tú, si solo puedo documentar daño después del hecho… ¿cuál es propósito?

—Protección. No prevención, pero contención. Yo estoy en prisión por tu trabajo. No maté a más personas por tu trabajo. Eso tiene valor.

—¿Pero a qué costo? Casi me destruí capturándote. Y ahora casi me destruí salvando a Nancy.

—No te destruiste. Te transformaste. Hay diferencia.

—¿Transformación que yo quería?

—Transformación que necesitabas. Porque versión de ti que existía antes de conocerme era ingenua. Creía que mundo podía dividirse limpiamente en bien y mal. Ahora sabes que hay zona gris extensa donde personas hacen cosas terribles por razones complejas. Y habitar esa zona gris te hace mejor profesional.

—¿O me hace cínica?

—Te hace realista. Cinismo es cuando pierdes esperanza. Tú todavía tienes esperanza. Solo que ahora temperada con comprensión de limitaciones humanas.

La novena sesión fue cuando Gonzalo finalmente preguntó lo que había estado esperando durante meses:

—¿Me odias?

Lalita no esperaba pregunta tan directa.

—Debería. Mataste a dos personas. Casi me destruyes psicológicamente. Convenciste a mi hermana de participar en experimento de manipulación durante dos meses.

—Esa no es respuesta. Te pregunté si me odias.

—No. Y eso me aterra.

—¿Por qué no me odias?

—Porque te entiendo demasiado bien. Veo lógica interna de tus acciones. Reconozco que operabas según conjunto de reglas diferentes, no sin reglas. Y entendimiento interfiere con odio.

—¿Entonces qué sientes hacia mí?

Lalita buscó palabra correcta.

—Fascinación mezclada con horror. Aprecio intelectual por tu inteligencia combinado con repulsión moral por tus acciones. Y algo más que no quiero nombrar porque nombrarlo lo hace real.

—Nómbralo de todas formas.

—Gratitud. Por enseñarme a ver mundo de forma que nadie más podría. Por mostrarme cómo operan mentes sin empatía. Por darme herramientas que salvaron a Nancy.

—Gratitud hacia monstruo que casi te destruyó. Irónico.

—No irónico. Aterrador. Porque significa que daño que causaste también produjo beneficio indirecto. Y no sé cómo reconciliar esas dos verdades.

—No puedes. Y esa es lección más valiosa: realidad no se reconcilia limpiamente. Contradicciones coexisten. Yo soy simultáneamente monstruo que mató inocentes y profesor que te educó sobre naturaleza humana oscura. Ambas cosas son verdad. Ambas importan.

La décima y última sesión llegó dos meses después de la primera.

Lalita entró sabiendo que era final definitivo. No habría más visitas. No más conversaciones. Después de hoy, Gonzalo regresaría a ser solo expediente cerrado en su archivo.

Pero algo había cambiado irrevocablemente entre ellos.

—Última sesión —observó Gonzalo—. ¿Cómo te sientes?

—Aliviada. Triste. Confundida sobre por qué me siento triste.

—Porque estas conversaciones te estimularon intelectualmente de forma que nada más en tu vida hace. Y vas a extrañar eso.

—Sí. Y odio que tengas razón.

—¿Qué harás después de hoy?

—Oficialmente retirarme de psicología forense. Nancy fue último caso. Voy a abrir consultorio privado. Terapia convencional. Ansiedad, depresión, problemas relacionales. Nada que involucre estudiar monstruos.

—¿Porque te asusta lo que estudiarlo te hace?

—Porque ahora sé lo que cuesta. Y no quiero pagar ese precio otra vez.

—¿Pero si caso como Nancy aparece nuevamente? ¿Si alguien necesita exactamente tipo de ayuda que solo tú puedes dar?

—Entonces los refiero a colega. No puedo seguir sacrificando partes de mí misma por casos que me transforman permanentemente.

—Eso es saludable. Aunque también un poco cobarde.

Lalita sintió chispa de enojo.

—¿Cobarde?

—Tienes habilidad única desarrollada a costo extraordinario. Y eliges no usarla porque te incomoda. Eso es desperdiciar educación cara.

—Educación que tú me impusiste. No la elegí.

—Pero la recibiste. Y ahora tienes responsabilidad hacia ella.

—Mi única responsabilidad es hacia mi propia salud mental.

—¿Y Nancy? ¿Ella es tu única excepción o primer caso de muchos donde traicionas tu retiro "permanente"?

Lalita no respondió porque pregunta exponía contradicción que no había querido enfrentar.

—No lo sé —admitió finalmente—. No sé si puedo mantenerme alejada si alguien realmente me necesita.

—Entonces nunca realmente te retiraste. Solo estás en hiato hasta siguiente crisis.

—Tal vez. Pero voy a intentar que hiato sea permanente.

—Veremos.

Silencio cayó entre ellos. Último silencio de última sesión.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Lalita.

—Adelante.

—Si pudieras cambiar, si existiera tratamiento que te diera capacidad de sentir empatía, ¿lo tomarías?

Gonzalo consideró pregunta largamente.

—No lo sé. Porque convertirme en otra persona significaría matar quien soy ahora. Y aunque quien soy causa sufrimiento a otros, es única identidad que tengo. Elegir dejar de existir, incluso para convertirse en versión mejor, es forma de muerte.

—Pero seguirías viviendo. Solo diferente.

—¿Y quién garantiza que versión con empatía sería mejor? Tal vez sentiría culpa devastadora por lo que hice. Tal vez dolor emocional sería insoportable. Tal vez preferiría muerte literal sobre vida consciente de horror que causé.

—Entonces prefieres no sentir sobre enfrentar consecuencias emocionales de tus acciones.

—Prefiero estabilidad conocida sobre volatilidad desconocida. Es elección pragmática, no moral.

—Pero es elección que requiere que otros sufran consecuencias de lo que eres.

—Sí. Y reconozco esa injusticia intelectualmente aunque no pueda sentirla emocionalmente. Por eso estoy en prisión. Sociedad no puede tolerar lo que soy, entonces me contiene. Es solución razonable.

Lalita se levantó. Era momento de irse.

—¿Alguna vez pensarás en mí? —preguntó Gonzalo—. Después de hoy. Cuando no tengas razón profesional para hacerlo.

—Probablemente. En momentos de duda ética. Cuando enfrente dilema moral complejo. Tu voz en mi cabeza preguntará: "¿Qué es solución pragmática independiente de consideración moral?"

—Entonces mi educación fue exitosa.

—No sé si éxito es palabra correcta. Pero definitivamente fue efectiva.

—¿Alguna vez volverás a visitarme?

—No.

—¿Segura?

—Tan segura como puedo estar. Estas diez sesiones fueron suficientes. Más que suficientes.

—Famosas últimas palabras.

Lalita caminó hacia puerta. Se detuvo con mano en manija.

—Gonzalo, hay algo que necesito decir antes de irme.

—¿Sí?

—Gracias por ayudarme salvar a Nancy. Aunque tus motivaciones fueron egoístas, aunque lo hiciste solo por tener audiencia cautiva, resultado fue que salvé a mi hermana. Y eso importa.

—De nada. Y Lalita...

—¿Sí?

—Gracias por verme como algo más que monstruo. Incluso brevemente. Incluso con horror. Fue lo más cercano a ser entendido que experimentaré.

Lalita asintió, incapaz de hablar porque nudo en garganta era demasiado apretado.

Salió de sala por última vez.

Gonzalo la observó irse, expresión neutra pero algo en sus ojos sugería cálculo: estaba archivando esta despedida, documentándola para referencia futura, preparándose para momento inevitable cuando ella regresara.

Porque ambos sabían que algún día, cuando caso suficientemente complejo apareciera, cuando víctima suficientemente vulnerable necesitara ayuda que solo Lalita podía dar, ella llamaría al reclusorio nuevamente.

No hoy. Tal vez no por años.

Pero eventualmente.

Porque educación que Gonzalo le dio no venía con fecha de expiración.

Y conocimiento no podía ser desaprendido.

Una semana después, Lalita se reunió con Nancy para café.

Nancy estaba mejor. En terapia regular, procesando trauma, reconstruyendo vida lejos de Erasmo. Había decidido continuar estudios de psicología, inspirada por experiencia de Lalita.

—¿Cómo supiste qué hacer? —preguntó Nancy—. Cómo detenerlo cuando parecía imposible.

Lalita consideró mentir, dar respuesta reconfortante sobre entrenamiento profesional y experiencia.

Pero Nancy merecía honestidad.

—Pedí ayuda a alguien que entiende cómo operan mentes manipuladoras. Alguien que me enseñó a pensar como depredador temporalmente para poder cazar otro depredador.

—¿Gonzalo Iñiguez?

—¿Cómo lo supiste?

—Porque leí toda tu tesis. Sé cuánto te cambió ese caso. Y reconozco algunas de técnicas que me enseñaste para evaluaciones. Son demasiado sofisticadas para venir solo de libros.

—¿Te molesta?

—No. Me salvaste. No me importa de dónde vino ayuda. Solo me importa que funcionó.

—¿Pero entiende que tuve que hacer pacto con alguien terrible para salvarte?

—Entiendo que hiciste sacrificio personal. Que entraste en oscuridad para sacarme de ella. Y estoy agradecida.

Lalita sintió algo aflojarse en pecho.

—¿Sigues queriendo estudiar psicología?

—Más que nunca. Pero no forense. Quiero trabajar con víctimas de abuso. Ayudarlas a recuperarse. Ser para otros lo que tú fuiste para mí.

—Eso es buena meta.

—¿Y tú? ¿Realmente te vas a retirar?

—Voy a intentarlo.

—¿Pero no estás segura de poder mantenerte alejada?

—No. Porque ahora sé algo que no sabía antes.

—¿Qué?

—Que estudiar monstruos te cambia. Pero también te da herramientas que nadie más tiene. Y si esas herramientas pueden salvar a alguien, como te salvaron a ti, es difícil justificar no usarlas.

—¿Incluso si costo es parte de ti misma?

—Incluso entonces.

Nancy la abrazó.

—Gracias. Por todo. Por no rendirte cuando habría sido más fácil. Por pagar precio que pagaste. Por ser mi hermana cuando más lo necesité.

Esa noche, en su nuevo consultorio, Lalita escribió observación final del caso:

Observación #8 (final): "Completé diez sesiones con Gonzalo. Dos meses de conversaciones que transformaron algo fundamental en cómo veo mundo. Nancy está a salvo. Erasmo bajo investigación criminal. Victoria completa profesionalmente. Pero personalmente... no estoy segura de qué soy ahora. Gonzalo vive en mi cabeza como voz consultiva. Cuando enfrento dilema, su perspectiva es una de primeras que considero. No siempre la implemento, pero siempre la evalúo. Y eso me cambió. No me convertí en psicópata. Todavía siento empatía, culpa, remordimiento. Pero ahora también veo utilidad en pensar sin esas limitaciones ocasionalmente. Es como tener acceso a herramienta peligrosa: mayoría del tiempo permanece guardada, pero saber que está disponible cambia cómo abordo problemas. Me retiré oficialmente de psicología forense. Abrí consultorio para terapia convencional. Voy a trabajar con ansiedad, depresión, trauma no-criminal. Cosas manejables que no requieren entrar en mentes manipuladoras. ¿Pero es retiro real o solo hiato hasta siguiente crisis? No lo sé. Porque parte de mí, parte que Gonzalo cultivó cuidadosamente, está curiosa sobre próximo caso complejo. Sobre siguiente oportunidad de usar conocimiento caro que adquirí. Y esa curiosidad es peligrosa porque significa que nunca realmente escapé. Educación que Gonzalo me dio es permanente. Vive en cómo analizo interacciones, cómo evalúo motivaciones, cómo diseño estrategias. No puedo desaprenderla. Solo puedo elegir cuándo implementarla. Nancy me preguntó si valió pena. Respondí honestamente: salvé a mi hermana pero cambié permanentemente en proceso. ¿Es intercambio justo? Probablemente. ¿Lo haría otra vez? Si alguien como Nancy necesitara ayuda... sí. Incluso sabiendo costo. Y eso me dice algo sobre mí misma que no estoy segura de querer saber: que estoy dispuesta a sacrificar partes de mi humanidad para salvar otros. Que límite entre heroísmo y autodestrucción es más delgado de lo que pensaba. Que estudiando monstruos el tiempo suficiente, comienzas a pensar como ellos. No porque te conviertas en monstruo, sino porque comprendes lógica monstruosa. Y esa comprensión es simultáneamente poder más grande y maldición más pesada. Caso 10 cerrado. Nancy a salvo. Gonzalo de vuelta en prisión. Y yo... yo en algún lugar entre quien era antes y quien él quiso convertirme. Esperando que ese lugar intermedio sea suficientemente lejos de oscuridad que estudié. Pero no convencida completamente. El espejo no está roto esta vez. Está... agrietado de formas nuevas. Reflejando imagen distorsionada pero reconocible. Y voy a aprender a vivir con esa distorsión. Porque no tengo alternativa."

Cerró libreta volumen once. La guardó junto a volúmenes anteriores en estante de su oficina.

Historia completa de transformación que comenzó con caso 1 y concluyó con caso 10.

De psicóloga idealista a profesional que entendía oscuridad demasiado bien.

Miró por ventana hacia ciudad iluminada. Millones de personas viviendo vidas donde monstruos como Gonzalo y Erasmo eran abstracciones.

Pero ella ya no podía vivir en ese mundo.

Había visto detrás del velo. Y no había forma de ocultar.

Solo forma de elegir qué hacer con conocimiento.

Y por ahora, elegía distancia.

Consultorio privado. Casos simples. Vida sin estudiar depredadores.

Pero guardó número de reclusorio en su teléfono.

Por si acaso.

Porque algún día, cuando caso suficientemente complejo apareciera, cuando víctima suficientemente vulnerable necesitara ayuda...

Sabía exactamente a dónde llamar.

Y esa certeza era simultáneamente reconfortante y aterradora.

El precio del regreso había sido alto.

Pero la educación era permanente.

Y conocimiento, una vez adquirido, nunca podía ser devuelto.

Solo podía elegir cómo usarlo.

Y vivir con consecuencias de esa elección.

EPÍLOGO: Lo que permanece

Seis meses después.

El consultorio de Lalita estaba en zona tranquila de Coyoacán, lejos del edificio de la Fiscalía, lejos del Reclusorio Norte, lejos de todo lo que le recordaba casos que la habían transformado.

Paredes pintadas en tonos cálidos. Plantas en cada rincón. Sofá cómodo para pacientes en lugar de sillas institucionales. Diplomas en pared pero también fotografías: Lalita con Nancy, con Zoé, con su familia reconstruida lentamente.

Espacio diseñado para sanar, no para investigar.

Y durante seis meses, había funcionado.

Sus pacientes eran exactamente quienes había imaginado: personas con ansiedad manejable, depresión tratada con terapia y medicación,

parejas trabajando problemas de comunicación, adolescentes navegando transiciones difíciles.

Nadie era monstruo. Nadie requería que ella entrara en oscuridad para entenderlos.

Era vida profesional predecible, contenida, segura.

Y Lalita estaba... no feliz exactamente, pero estable.

Esa tarde de jueves, entre sesiones, revisaba correo cuando mensaje de Nancy llegó:

"Hola hermana. ¿Libre para cenar mañana? Tengo noticias buenas."

Lalita sonrió. Nancy había florecido en últimos meses. Terapia la había ayudado a procesar trauma. Había retomado estudios con energía renovada. Y su relación con Elena se había fortalecido ahora que ambas estaban libres de control de Erasmo.

Erasmo, por su parte, había sido formalmente acusado de abuso de autoridad, manipulación de evidencia, y conducta inapropiada con menor. Juicio estaba programado para siguiente año. Pero mientras tanto, estaba suspendido de trabajo, bajo orden de restricción, reputación destruida.

No era justicia perfecta. Pero era justicia suficiente.

Lalita respondió: "Claro. ¿Dónde?"

"Nuevo restaurante japonés cerca de tu consultorio. 7pm?"

"Ahí estaré."

Su último paciente del día llegó a las cinco: María, mujer de treinta y dos años trabajando ansiedad social después de divorcio difícil.

Sesión fue productiva. María estaba haciendo progreso real, pequeño pero consistente. Al final, cuando se despidió, dijo algo que hizo que Lalita pausara:

—Gracias, doctora. Usted realmente entiende cómo se siente estar atrapada en tu propia mente.

Lalita asintió con sonrisa profesional. Pero después de que María se fue, la frase resonó.

"Atrapada en tu propia mente."

Pensó en Gonzalo, atrapado en mente sin empatía. En Nancy, atrapada en narrativa que Erasmo construyó. En ella misma, atrapada entre quien era y quien se había convertido.

Su teléfono vibró. Número desconocido.

Normalmente no contestaba números desconocidos. Pero algo la hizo responder.

—¿Psicóloga Thompson?

Voz de mujer, joven, aterrada.

—Sí. ¿Quién habla?

—Mi nombre es Andrea Solís. Me dieron su número... bueno, alguien me dijo que usted ayudó a Nancy Thompson. Y yo... necesito ayuda similar.

Lalita sintió algo tensar en pecho.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Mi terapeuta... creo que está... no sé cómo explicarlo. Al principio ayudaba. Pero después comenzó a controlar todo. Ahora no puedo tomar decisión sin consultarle. Me convenció de dejar mi trabajo, terminar con mi novio, cortar contacto con familia. Y cuando intenté detener terapia, él dijo que era "resistencia" y que si me iba, tendría "colapso completo". Estoy asustada pero también confundida porque... ¿y si tiene razón?

Gaslighting terapéutico. Abuso de poder en relación de ayuda.

Exactamente tipo de caso que Lalita había jurado evitar.

—Andrea, ¿estás en peligro inmediato?

—No físico. Pero siento que estoy perdiendo mi mente. Como Nancy describió en entrevista que dio después de caso. Exactamente así.

—¿Dónde estás ahora?

—En mi departamento. Sola. Tengo sesión con él mañana y no quiero ir pero tengo miedo de qué pasará si no voy.

Lalita cerró ojos. Reconoció cada señal. Cada patrón. Cada táctica.

Podía referir caso a colega. Dar número de línea de ayuda. Mantenerse alejada.

O podía ayudar.

—Andrea, ¿puedes venir a mi consultorio mañana a las nueve de la mañana? Antes de tu sesión con él.

—¿En serio?

—En serio. Vamos a evaluar situación juntas. Y si determino que lo que describes es abuso, vamos a crear plan para sacarte de forma segura.

—Gracias. Dios, gracias. Tenía miedo de que nadie me creyera.

—Te creo. Y vamos a resolverlo.

Después de colgar, Lalita se quedó mirando teléfono por largo rato.

Sabía lo que acababa de hacer. Había aceptado exactamente tipo de caso que juró evitar. Caso que requeriría entrar en mente manipuladora, diseñar estrategia contra depredador, usar herramientas que Gonzalo le había enseñado.

Podía cancelar. Llamar de regreso, dar referencia a colega, mantener su retiro intacto.

Pero entonces pensó en Nancy, aterrada en hospital psiquiátrico, siendo medicada innecesariamente, a punto de ser internada permanentemente.

Y pensó en Andrea, atrapada en dinámica abusiva con persona que debería ayudarla.

Y supo que no podía ignorarlo.

Abrió cajón de escritorio. Sacó libreta amarilla volumen once, que había cerrado seis meses atrás pensando que era final.

La abrió en primera página en blanco después de última observación.

Y escribió:

Observación #1 (Nuevo capítulo): "Seis meses de retiro terminaron con llamada telefónica. Andrea Solís. 23 años. Atrapada en relación terapéutica abusiva. Reconozco cada señal. Cada patrón. Cada táctica de control. Y acepté ayudarla. No porque tenga que hacerlo. Sino porque puedo. Porque educación que Gonzalo me dio, por dolorosa que fuera, me equipó con herramientas que pueden salvar personas como Andrea. Entonces pregunta no es si debo retirarme permanentemente. Es: ¿tengo responsabilidad moral de usar conocimiento caro que adquirí? ¿O tengo responsabilidad mayor hacia mi propia salud mental? No tengo respuesta todavía. Pero mañana veo a Andrea. Y después decidiré si este es caso único o si retiro fue siempre ilusión. Una cosa sé: no puedo llamar a Gonzalo esta vez. No más sesiones. No más pactos con monstruos. Si voy a hacer esto, tiene que ser con herramientas que ya tengo. Con conocimiento que ya adquirí. Sin regresar a fuente de oscuridad. Puedo hacer esto sola. Creo. Espero."

A la mañana siguiente, Andrea llegó exactamente a las nueve.

Era joven, demacrada, con ojos que mostraban insomnio prolongado. Pero también determinación subyacente. Como Nancy, estaba asustada pero no rota.

Todavía.

Lalita pasó dos horas evaluando situación. Tomó notas detalladas. Identificó patrones de control. Documentó manipulación.

Y reconoció con claridad terrible: terapeuta de Andrea, Dr. Guillermo Ramos, estaba usando técnicas casi idénticas a las de Erasmo. Aislar, controlar, medicalizar resistencia.

—Andrea, lo que describes es abuso. No es terapia legítima. Y vamos a detenerlo.

—¿Cómo?

Lalita consideró respuesta. Podía diseñar estrategia elaborada, provocar ego del terapeuta, construir caso legal complejo.

O podía hacer algo más simple: reportarlo a colegio de psicólogos con evidencia que Andrea proporcionaba, ayudarla a terminar relación de forma segura, referirla a terapeuta genuino.

No todo requería guerra.

—Primero, vas a escribir carta formal terminando relación terapéutica. Vas a enviarla por correo certificado. No vas a ir a sesión hoy ni nunca más.

—¿Pero él va a decir que necesito continuar? Que abandonar tratamiento es peligroso.

—Y tú vas a ignorarlo. Porque su opinión ya no importa. Después, vamos a presentar queja formal a colegio de psicólogos con toda evidencia que documentaste. Y finalmente, te voy a referir a terapeuta que conozco personalmente y en quien confío.

—¿Y si él me contacta? ¿Si intenta convencerme de regresar?

—Entonces documentas cada intento. Y si persiste, se convierte en acoso que justifica orden de restricción.

Andrea exhaló con alivio visible.

—¿Eso es todo? Pensé que sería más... complicado.

—A veces solución más efectiva es más simple. No necesitas estrategia elaborada. Solo necesitas valor de alejarte y sistema de apoyo que valide tu decisión.

Después de que Andrea se fue con plan claro, Lalita se reclinó en silla, procesando.

Había resuelto caso sin entrar en oscuridad. Sin manipulación compleja. Sin llamar a Gonzalo.

Solo con conocimiento profesional estándar y empatía genuina.

Tal vez retiro no era ilusión. Tal vez podía hacer este trabajo de forma diferente ahora.

Esa noche, cenó con Nancy como planeado.

Nancy estaba radiante.

—Tengo noticias. Me aceptaron en programa de posgrado. Maestría en psicología clínica con énfasis en trauma.

—Nancy, eso es maravilloso.

—Y hay más. Van a publicar artículo que escribí sobre mi experiencia. No nombrando a Erasmo directamente, pero describiendo proceso de recuperación después de gaslighting severo. Quiero que otros sepan que es posible salir.

—Estoy tan orgullosa de ti.

—No estaría aquí sin ti. Literalmente. Y quiero hacer lo mismo por otros que tú hiciste por mí.

—Vas a ser terapeuta excelente. Porque entiendes desde dentro cómo se siente.

—¿Y tú? ¿Cómo va consultorio?

Lalita consideró contarle sobre Andrea. Decidió que no todavía. Era demasiado pronto para saber si era caso único o comienzo de patrón.

—Bien. Estable. Trabajo que puedo manejar sin sacrificar salud mental.

—¿Pero te aburres a veces?

Pregunta fue perspicaz. Nancy la conocía mejor de lo que Lalita había anticipado.

—Ocasionalmente. Pero aburrimiento es precio pequeño por estabilidad.

—¿O estás esperando caso que justifique regresar a trabajo más complejo?

—Tal vez ambos.

Nancy sonrió con comprensión.

—Sea lo que sea que decidas, voy a apoyarte. Pero también voy a recordarte que no tienes que salvarnos a todos. A veces está bien solo vivir tu vida.

—¿Cuándo te volviste tan sabia?

—Tuve buena maestra.

Caminaron juntas después de cena. Ciudad estaba iluminada, aire fresco de octubre haciendo noche perfecta.

—¿Has sabido algo de Erasmo? —preguntó Lalita.

—Su abogado intentó contactar a mamá para "arreglo extrajudicial". Básicamente ofreciendo dinero si retiramos cargos. Obviamente rechazamos.

—¿Cómo está Elena?

—Mejor cada día. En terapia también. Procesando no solo lo de Erasmo sino también años con papá que la abandonó. Es trabajo duro pero está comprometida.

—¿Y tú relación con nuestro padre?

—Complicada. Pero estamos trabajando en ello. Él está intentando. No borra pasado pero es comienzo.

—Me alegra escuchar eso.

Se despidieron con abrazo largo.

—Te amo, hermana —dijo Nancy.

—Yo también te amo.

Lalita manejó a casa sintiendo algo que no había sentido en meses: paz casi completa.

No perfecta. Nunca sería perfecta después de todo lo que había experimentado.

Pero suficiente.

En su departamento, antes de dormir, escribió última observación:

Observación #2 (Posiblemente final): "Ayudé a Andrea hoy. Sin estrategia compleja. Sin entrar en oscuridad. Sin llamar a Gonzalo. Solo con conocimiento profesional y empatía. Y funcionó. Tal vez puedo hacer este trabajo sin sacrificar tanto de mí misma. Tal vez educación que Gonzalo me dio puede ser usada selectivamente, con cuidado, sin consumirme. Cené con Nancy. Está floreciendo. Convirtiendo trauma en propósito. Es exactamente lo que yo intenté hacer y casi me destruí en proceso. Pero ella lo está haciendo con más balance. Con más apoyo. Con límites más claros. Tal vez es modelo que debo seguir. No retiro completo pero tampoco inmersión total. Algo intermedio. Consultorio privado para mayoría de casos. Pero disponibilidad ocasional para situaciones donde conocimiento especial es necesario. Sin buscar activamente casos complejos. Pero sin rechazar automáticamente cuando aparecen. Es equilibrio precario. Pero tal vez es único sostenible. Gonzalo me enseñó a ver oscuridad. Nancy me enseñó que luz sigue existiendo después. Y ahora yo tengo que encontrar forma de honrar ambas lecciones. No sé si llamaré a Gonzalo otra vez. Parte de mí espera que no. Parte de mí sabe que probablemente sí. Pero no hoy. Y tal vez no pronto. Y eso tiene que ser suficiente. El espejo está agrietado. Siempre lo estará. Pero reflejo que muestra es reconocible. Es mío. Transformado, sí. Pero todavía mío. Y voy a vivir con esas grietas. Porque son evidencia de supervivencia. De educación cara. De batallas ganadas a costo personal alto. Son parte de quien soy ahora. Y quien soy ahora puede ayudar personas como Andrea. Como Nancy. Como todos quienes caen en manos de depredadores y necesitan alguien que entienda cómo escapar. Esa es mi responsabilidad. No la de Gonzalo o su educación. Sino hacia todas las víctimas futuras que pueden beneficiarse de conocimiento que adquirí. Y voy a cumplir esa responsabilidad. Pero en mis términos. Con límites. Con soporte. Con consciencia de costo. Sin sacrificar tanto que pierdo quien soy. El caso 10 cerró. Pero historia continúa. Porque no hay final limpio cuando trabajas con trauma humano. Solo capítulos. Y este capítulo dice: Sobreviví. Cambié. Aprendí. Y ahora uso ese aprendizaje para bien mientras protejo lo que queda de mí misma. Es suficiente. Tiene que serlo. Porque es todo lo que tengo."

Cerró libreta. La guardó en estante junto a volúmenes anteriores.

Once volúmenes. Once casos. Once transformaciones.

De estudiante idealista a profesional que entendía oscuridad demasiado bien.

Pero también profesional que había elegido usar ese entendimiento para luz.

Esa era diferencia crucial.

Gonzalo había usado conocimiento para destruir.

Ella lo usaba para sanar.

Mismo conocimiento. Aplicación opuesta.

Y esa elección definía todo.

Apagó luz. Se acostó. Por primera vez en meses, durmió sin pesadillas.

Porque aunque espejo estaba agrietado, reflejo que mostraba era de alguien que había entrado en oscuridad y salido.

Cambiada, sí.

Pero no destruida.

Y esa supervivencia, esa capacidad de continuar después de todo, era victoria más importante.

No sobre Gonzalo. Él estaba donde debía estar.

No sobre Erasmo. Justicia llegaría eventualmente.

Sino sobre sus propios demonios internos. Sobre tentación de rendirse. Sobre posibilidad de perderse completamente.

Había resistido.

Había sobrevivido.

Y ahora tenía opción: qué hacer con conocimiento caro que pagó.

La respuesta no era retiro completo ni inmersión total.

Era equilibrio. Precario pero posible.

Y por ahora, eso era suficiente.

El teléfono vibró una última vez antes de dormir.

Mensaje de número del reclusorio.

Lalita lo miró por largo momento.

No abrió mensaje. No necesitaba hacerlo.

Sabía lo que diría: Gonzalo recordándole que siempre estaba ahí. Que siempre podía llamar. Que educación nunca terminaba.

Bloqueó número.

No para siempre. Sabía que eventualmente lo desbloqueará.

Pero por ahora, necesitaba silencio.

Espacio para ser quien era sin voz de él en su cabeza.

Oportunidad de descubrir si podía hacer este trabajo sin su guía.

Y si resultaba que no podía...

Bueno.

Número estaría ahí.

En contactos bloqueados.

Esperando.

Como siempre.

Pero esa era preocupación para otro día.

Hoy, había sobrevivido.

Había ayudado a Andrea.
Había cenado con Nancy.
Había vivido día completo sin estudiar monstruos.
Y eso era victoria suficiente.
Cerró ojos.
Durmió.
Y soñó con espejos que, aunque agrietados, todavía reflejaban luz.

Caso 10: El precio del regreso Cerrado.
Pero historia continúa.
Porque siempre continúa.
Mientras haya personas que necesitan ser salvadas.
Y profesionales dispuestos a pagar precio de salvarlas.
Y conocimiento, una vez adquirido, esperando ser usado.
Para bien o para mal.
Lalita eligió bien.
Por ahora.
Y por ahora era suficiente.

FIN